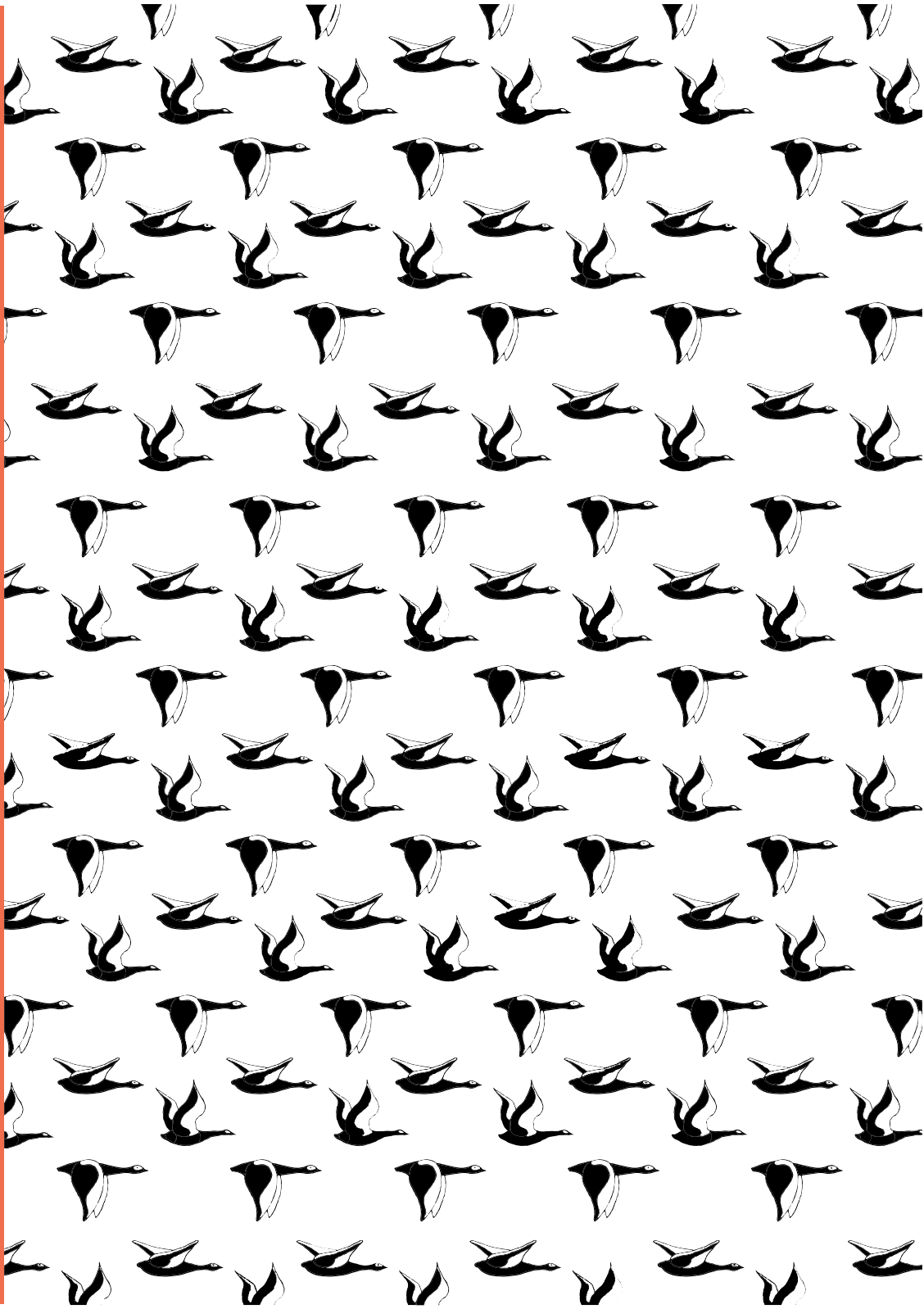
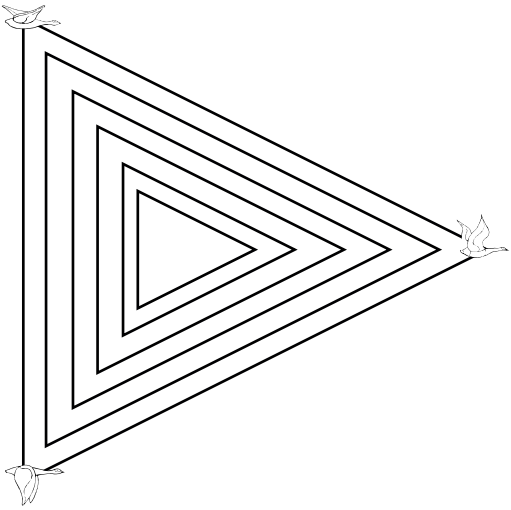


Farrán, Roque
Escribir es respirar : meditaciones, conversaciones, restos / Roque Farrán. - 1a ed. - Mendiolaza : Paula Gastaldi , 2025.
100 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-631-00-8328-5

1. Filosofía Contemporánea. I. Título.
CDD 190



Dirección editorial: Paula Gastaldi
Maquetación: Juan Alonzo
Arte de tapa: Lilia Moroni @moronililia
Prólogo: Helga Fernández
Epílogo: Juan Manuel Conforte
IG: trianguloeditorial
contacto@trianguloeditorial.com
(+54) 9 3513 11-8664

ESCRIBIR ES RESPIRAR

Meditaciones, conversaciones, restos

Roque Farrán

TRIÁNGULO
EDITORIAL

ÍNDICE

Prólogo Helga Fernández

Parte I ¿Por qué escribo?

Respirar 17
Leer 20
Escribir 23
Contar 26
Anudar 29
Compartir 31
Existir 33

Parte II Conversaciones y Meditaciones

Escritura de sí 43
Ejercicios básicos 45
Sobre los otros 47
Conocer 48
Morir 50
Cuentas 52
Voz 54
Infinito 56
Escritura 58
Ritual 60
Cuidar 62
Contento de sí 65
Amistad 68
Entrelazamientos 70
Paternar 73
Festejar 75

Parte III *Topoi* o Restos

Ficciones de lo real 79
Las veces que morí..... 84
Entrenamiento 85
Amores perros 86
Otro amor 87
Las fuerzas de la tierra..... 88
Emociones..... 89
Auditemos..... 90
Por-venir 91
Que (no) les entren balas 92

Agradecimientos

Epílogo Juan Manuel Conforte

Prólogo

Hay libros que son bichos vivos. El nuevo libro de Roque Farrán pertenece a esta especie: *Escribir es respirar* no es solo un título sino una declaración de método.

En esta oportunidad, el autor nos acerca un libro que desafía las clasificaciones. No es una autobiografía, aunque contenga experiencias personales. No es un tratado filosófico, aunque el pensamiento lo atraviese. No es un libro de memorias, aunque dialogue con los ausentes. Este libro es, más bien, un gesto vital –la evidencia de cómo la escritura es un modo de practicar la vida, pero también un recurso medular para vivir y sobrevivir. Su mecánica se parece más a una práctica espiritual, meditativa, que a un estilo. Roque escribe como quien respira.

El texto se estructura en tres movimientos que funcionan como círculos concéntricos: una primera sección que indaga en las causas fundamentales del acto de escribir; una segunda que despliega conversaciones y meditaciones donde el autor conversa tanto con los vivos como con los muertos; y una tercera que recoge los restos o fragmentos que toda escritura deja como sedimento.

Los verbos que articulan "¿Por qué escribo?" (Respirar, Leer, Escribir, Contar, Anudar, Compartir, Existir) son más que categorías gramaticales o recursos organizativos: son prácticas que el autor despliega en el mismo acto de escribirlas. Aquí el decir y el hacer se conjugan inextricablemente a partir del infinitivo verbal.

"Conversaciones y Meditaciones" muestra cómo la filosofía puede gestarse no de la abstracción académica sino de la experiencia, cuando ésta es atravesada por una ética que no retrocede ante lo real. Las fechas que marcan muchos de estos textos (agosto de 2020, 2023, 2024) no son meras referencias temporales sino puntos de condensación donde el tiempo cronológico se anuda con la eternidad del instante.

"*Topoi* o Restos" construye un espacio singular que podríamos llamar "Córdoba", y que mantiene con la ciudad argentina una relación de superposición y desplazamiento. No se trata aquí de la Córdoba geográfica o histórica, sino de un territorio existencial que se va trazando a través de recorridos, memorias y heridas. El autor nos muestra cómo nunca termina de "llegar a Córdoba", señalando así la naturaleza siempre inconclusa de este habitar, donde cada cicatriz en el cuerpo personal es también una marca en el cuerpo de la ciudad. El texto avanza hacia una serie de fragmentos que funcionan como pequeños dispositivos que trabajan con la lengua del lugar (incluido el "cordobés básico") para exorcizar mandatos y convocar fuerzas que permitan habitar una ciudad imposible.

Hay algo bello en este libro, algo transformador. Se da cita con voces que no provienen sólo de la tradición o los textos, voces de la calle, la voz de una nena de 10 años, su hija, La Cami, voces de amigos, voces que ya no suenan. Roque cita a sus pares, cita mujeres, cita a los seres queridos fallecidos –gestos poco comunes.

Este diálogo polifónico se entrelaza con lo que el autor llama ejercicios, lo que supone una correspondencia con la función de la incorporación. Me explico: el ejercitarse (también en la escritura) es un modo de procurar la encarnación o de hacer cuerpo. Es un modo de la inmixión con aquello que escribimos o bailamos o memorizamos. Y, por consecuencia, produce una cierta ergonomía y plasticidad. Este ejercitarte también participa en el proceso de hacerse oficiante, de hacer al oficio (¿de filósofo, escritor, pensador, existente?).

Leo los libros de Roque uno a uno, pero también los leo en serie. Son experiencias de distinto orden. La serie me permite seguir cómo va cimentando el sustento desde el cual escribe. Libro tras libro, asisto a la composición de un corpus textual que palpita y se mueve con su propia sinergia y organicidad. Soy testigo de la creación de su campo de significancia, de su universo semántico y, en cierto modo, de su propia nomenclatura.

Esta naturaleza transformativa se manifiesta como una experiencia con lo inestable, en sentido opuesto a lo que se entiende por el establecimiento de un texto. Los libros de Roque son una especie de continuo/discontinuo en el que las diversas manifestaciones exhiben su inacabamiento, como parte de algo en transición constante. Muestran la incertidumbre. Hacen evidente la no unicidad y no definitividad del estado del texto publicado.

En el mundo editorial prolifera la famosa 'edición corregida y aumentada', como si la escritura debiera tender hacia la amplificación y comprensión total. Sin embargo, la obra de Roque toma un camino distinto: cada libro no es sinónimo de adición ni pretende abarcar la totalidad de un universo de discurso. Su obra demuestra que escribir como quien respira no significa acumular páginas, sino permitir que la escritura también componga intersticios. Es precisamente en ese acto donde radica su potencia: en el exceso del minimalismo y en la contundencia del despojo.

Helga Fernández

Padre, ¿por qué me has abandonado?
Jesús en la cruz

Padre, ¿no ves que ardo?
Sueño de un paciente de Freud

PARTE I. ¿Por qué escribo?

Respirar

Había despertado hacía muy poco del coma inducido, tenía dificultad para respirar, me habían hecho una traqueotomía, o sea, tenía un agujero a la altura de la garganta y una válvula, tosía bastante seguido, me daban accesos de tos porque además había acumulado líquido en los pulmones y todavía no se habían dado cuenta, hacía picos de fiebre también, temblaba mucho, mientras querían que ya empezara a moverme, pararme e intentar caminar algo, lo cual me parecía imposible, porque apenas me podía sostener en pie. En algún momento vino a verme el cirujano que me había operado, había pasado a curar las heridas y al abrir el vendaje se espantó: me había eventrado por la tos, o sea, mis órganos se habían abierto paso a través del abdomen, dijo que tenía que entrar a quirófano urgente y mientras conseguían lugar, porque todo allí era muy precario y no había gran disponibilidad de recursos, otro médico que era también enfermero me dijo que tenía que entrenar los pulmones para salir mejor esta vez de la operación, me enseñó un ejercicio que consistía en soplar un recipiente lleno de agua mediante una cánula, que no dejara de hacerlo, insistió; casi no tenía fuerzas pero me comprometí a pleno con ese ejercicio. Fue clave para recuperar el ritmo respiratorio luego de la anestesia. Esa sensación de ausencia radical de aire es indescriptible: respirar mecánicamente es como un dolor de otro mundo. Y no obstante también pasa, supongo que es eso o la muerte. Lo cuento así porque no hay nada que alguien no pueda soportar, en verdad, porque si no lo soporta ni siquiera se dará cuenta y si lo soporta al final no parecerá tan grave. No hay que asustar a nadie, hay que prevenir y ejercitarse. Tampoco tiene sentido victimizarse por nada del mundo. La muerte nos toca a todos sin excepción, tarde o temprano, y es un proceso de disolución natural. Mejor conci-

liarse con esa idea materialista.

La disposición estoica o materialista ante la muerte, no implica cultivar una suerte de pesimismo ontológico o hipocondría generalizada, al contrario, ello nos habilita a encontrar la alegría en cada singular gesto de amor. El contento o amor de sí, por ejemplo, *es una alegría que brota apenas de considerarse a sí mismo y considerar la propia potencia de obrar.* Es un afecto crucial que está en la base de lo que para Spinoza es la máxima sabiduría y virtud humana, la felicidad o libertad: alcanzar la beatitud. Estos términos pueden tener ciertas resonancias místicas o religiosas, pero Spinoza muestra su concatenación racional geométricamente: los afectos son tratados como puntos, líneas y planos. He estado pensando mucho en la sutileza de estos afectos últimamente. Recuerdo que cuando desperté del coma, en un estado de precariedad e inermidad absolutas, la más mínima función o acto corporal se me aparecían como un imposible: respirar, hablar, caminar, comer, etc. Y también recuerdo la alegría indescriptible que me produjo cada vez, pese a la incertidumbre respecto al estado general de mi cuerpo, recuperar la voz, la alimentación, el movimiento, la respiración, el deseo. El considerarse a sí mismo y la propia potencia de obrar no es algo místico, tampoco algo banal, son esos pequeños gestos materiales los que nos constituyen. Se trata de actos simples que damos muchas veces por hechos, los automatizamos y naturalizamos, pero que quizá solo en la privación absoluta o en el ejercicio cotidiano de las *prácticas de sí* podemos valorar como corresponde. Para mí no se trató un segundo nacimiento, como me dijeron algunos, sino del verdadero nacimiento, porque del anterior ni siquiera tenía consciencia o podía hacer valoración alguna de lo que adquiriría y luego perdería abruptamente: ninguna imagen ideal o trascendente, sino *ejercicios vitales concretos.*

Entre esos ejercicios vitales la escritura, como una constante, siempre me acompaña. Al despertar en la sala de internación, recuerdo también haber intentado garabatear algo, restos ininteligibles. Entre tantas luces y ruidos de tosidos, me costaba mucho

dormir, el mayor alivio vino cuando pude salir de terapia y luego retornar a casa. A las semanas nació mi hija, pero esa es otra historia, maravillosa y desbordante, que se está escribiendo aún y cuyos trazos aparecerán aquí apenas esbozados. También aparecerá entre los restos de escritura el motivo que me llevó a esa sala de internación. Lo que deseo transmitir son los ejercicios de subjetivación y la escritura de sí que practico desde la pandemia (o incluso antes). Porque escribir es respirar.

Leer

Escribir y leer, leer y escribir, en el medio: lo real de la vida misma. No es simple ni fácil, pero practicable. Hay tres modos de lectura. Hay una *lectura imaginaria* que proyecta en el texto significaciones previas, mundos de sentidos conocidos, imágenes evocadas por asociación libre con las palabras del texto, etc. Hay una *lectura simbólica* que lee entre líneas las vetas del texto, se detiene en las recurrencias significantes, aprecia los giros retóricos, estudia la sintaxis o considera problemas contextuales. Hay una *lectura real* que va al hueso del texto, examina los huecos, vacíos y silencios, las cavilaciones o balbuceos, las respuestas que se han dado sin haber planteado la pregunta, apunta al nudo mismo por el cual el texto no sería un cuerpo de escritura. Por supuesto, no todo texto soporta este último escrutinio, que exige además de los otros dos registros de lectura y su mutuo atravesamiento: imágenes en suspenso, significantes nuevos, campos de existencia. La *lectura a la letra* no solo exige levantar cada tanto la cabeza del cuerpo textual examinado, para imaginar otros mundos posibles, sino que implica salir a caminar, correr, participar de marchas y contramarchas, dar discusiones y combates, escuchar palabras insensatas y aciertos inesperados, hacer duelos, conversar con los muertos, hablar con tu hija que está aprendiendo y también te enseña, volver a escribir, interrumpir la escritura para meditar sobre todos los males posibles, sobre la muerte, sobre la naturaleza infinita, sobre el instante que capta la eternidad de la esencia del cuerpo en una idea recurrente que a su vez se escribe. Que no cesa de escribirse. Y volver a empezar de nuevo por distintas partes: anudar, anudar, anudar. Pues, el corte final siempre es posible, y lo que no cesa de no escribirse nos orienta para no delirar demasiado en el sueño de las significaciones, las pesadillas significantes y el despertar de lo

real que asusta o maravilla, según el caso. El infierno son los otros, sin dudas, por eso hay que buscar lo que no es infierno y hacerlo durar (como escribía Calvino).

Abrir espacios de lectura en torno a lo real que nos afecta y escribir para actuar, para hacer cuerpo. No escribir *sobre* el cuerpo (como tema u objeto de investigación), no escribir *en* el cuerpo (como en las marcas y tatuajes), *sino escribirse un cuerpo*. Un cuerpo de escritura no es una obra completa, sino un modo de hacer algo con la falta, la inconsistencia del Otro, un modo de bordear el agujero con los saberes del caso. Escribo un cuerpo para poder soportar la vida que llevo, lo cual a veces me da pequeñas alegrías; pero lo que más contento me pondría es que otros se animen, se afecten y hagan algo con eso. No citar, sino *excitar o suscitar* el pensamiento. Escribir en común los cuerpos que nos faltan, transformar falsos agujeros en nudos verdaderos, esa sería la gran fiesta del pensamiento y la vida. Una erótica de los saberes en-cuerpos-presentes.

Escribirse un cuerpo, entonces, habilita además poder decir en retroactividad: *una vez me sucedió una idea*. Pues, he vuelto a ella desde distintos vórtices y motivos que no cesan de escribirse, por una parte, y no cesan de no escribirse por otra. He tratado de transmitirla a través de diversos nombres y tradiciones. He escrito mucho para que pase y alguien la tome, es decir, haga uso de ella. Una idea verdadera, índice de sí misma y de lo falso: *entre lo finito y lo infinito hay un nudo que implica al menos tres términos o dimensiones.* Allí la materialidad comienza: un cuerpo, la idea de ese cuerpo, la idea de la idea, y así. Un cuerpo se escribe de nuevo cada vez que retoma la idea y trata de pasarla, de elevarla a la enésima potencia: el método. Quizá el cuarto término sea el nombre propio -no el "cuarto propio"-, para escribir desde cualquier parte el vacío que atraviesa el nudo y recomienza. Quizá se pueda prescindir de él a condición de servirse de los otros de manera estricta, rigurosa, pero está visto por la historia del pensamiento que eso termina enalteciéndolo en exceso (al nombre propio). Mejor asu-

mir la fragilidad de un decir que se autoriza de sí y algunos otros, en inmanencia, a riesgo del olvido.

Como sostenía Hegel, hay un buen infinito y un mal infinito, pero su distinción no es solo cuestión de lógica sino de afecto. Voy a dar una imagen del mal infinito: basta que se coloquen dos espejos enfrentados y verán, así, replicarse sus imágenes indefinidamente. Es como lo que imagina Borges, según Mariana Gainza: "imagina a un Dios spinoziano que imagina, que lo imagina a Borges imaginando a un Dios spinoziano que imagina, y así al infinito"[1]. Es la circularidad cerrada sobre la dualidad proyectada especularmente. En pandemia, mi hija Camila me había planteado otro pensamiento del infinito: "alguien que está pensando en alguien que a su vez está pensando en alguien, y así al infinito". Ni Dios ni Borges, ese alguien puede ser cualquiera, pero, a su vez, es siempre otro. Alguien que está pensando en alguien implica al menos tres términos: es la diferencialidad ínsita en el sujeto del significante. Ese es el buen infinito: no solo el de la consideración del otro, sino el de la apertura del círculo. Pero además, para que esa apertura no produzca solo dispersión, es necesario volver sobre sí y re-encontrar el nudo que nos lleva a contar hasta tres cada vez.

1 Mariana Gainza, "Spinozianas argentinas", La Biblioteca, 14, 2014, p. 465.

Escribir

Desde muy pequeño fui sensible a las contradicciones y semblantes discursivos, ejercía la crítica y no temía denunciar la injusticia, pronto a manifestar el desacuerdo ante *maestros ignorantes* (como diría Rancière) de toda laya que no sabían nada de esa posición enseñante. Respondía, por supuesto, a una posición identificatoria militante. De a poco, con el estudio, empecé a bordear la angustia y cultivar el necesario distanciamiento de las identificaciones que propicia una lectura *ontológica sustractiva de la situación* (como diría Badiou), atravesada por el vacío y el infinito que se abre por todas partes. Pero no renegué de mis legados históricos, aprendí a anudarlos de otro modo. Encontré también una forma de cuidado cuya exposición irreductible, en la escritura, se cifra y abre al mismo tiempo sólo para quienes han hecho igual trabajo a su modo, porque desean y saben que la eternidad es única en sus variaciones infinitas. Me alegran y potencian esos encuentros, cuando se producen y me lo hacen saber, cada tanto.

En lo que llevo escrito, quizá demasiado, se exponen ideas y afectos de diverso tenor o temblor; por momentos delicados o complicados, en otros más firmes y generosos, personales e impersonales, según la lectura de quien se disponga a hacerlo. Pero a no dudar sobre su materia: están tramados con vísceras y nervios, músculos y tendones, huesos y sangre, con el sutil y balbuceante tejido de la lengua materna, con las titilantes constelaciones de pensamiento cuya eternidad me ha alcanzado fugazmente. De ese material, dispar e informe, se compone *otro cuerpo*. Este cuerpo con el cual escribo resulta irreductible, su esencia inexpugnable responde a lo real en juego. No soy el mismo, nunca lo soy, ahora lo sé, pero el *otro que voy siendo* entiende por dónde pasa esa perseverancia en el ser [*conatus*] desde la temprana infancia. Y no,

digo no, porque hay que decir contra todo rigorismo sacrificial: *la letra con sangre no entra, la letra se teje con cuidado y firmeza, haciendo pasar un hilo significante por sobre otro, una imagen, un sonido, una frase, un saber que hacen cuerpo, con fuerzas y sangre, en cada gesto.* Cuando el nombre propio ha sido vaciado de significación y convertido en un operador de conexión que pone a prueba, cada vez, la potencia de lo múltiple para anudarse siguiendo la máxima solidaria: *si uno no se sostiene, el resto se suelta*.

Releo cada tanto lo que he escrito y noto que he ido cambiando: la escritura se ha vuelto más simple y directa, despojada, real. Ha tomado cuerpo. Pienso en el cuerpo de la escritura. ¿Por qué escribo? La frase "el corazón tiene razones que la razón nunca entenderá", quizá dice algo, pero no es eso. La escritura que hace cuerpo no es producto de un impulso irracional, ni motivo de una voluntad estética, es ante todo necesaria como las cosas naturales, ineluctable como una piedra, una flor, un *archifósil*, una gota de rocío; su materialidad resulta inexpugnable y cierta, no engaña ni intenciona nada. ¿Por qué? Quizá sea sin porqué, como dice el místico, pero también hay razones que se encuentran en la escritura misma. En acto. Una escritura que hace cuerpo sigue la razón de los afectos, aquello que aumenta la potencia de obrar, de insuflar vida, en cada frase un respiro, cada vez más profundo y quedo. La escritura quizá sea como el yoga del alma. Una escritura corporal conduce así al despertar, le sigue también, cada mañana como si fuese la última. La escritura es, por tanto, una forma de relajar el pensamiento y prepararse para la muerte. La escritura es filosófica por definición, si esa preparación para la muerte es la aspiración del amor a la sabiduría, desde la antigüedad a nuestros días.

Me gusta imaginar que arribo a la escritura o el pensamiento en su justeza, no a partir de una fórmula sucinta, decantada y purificada (estilo "el espíritu es un hueso"), sino en el trazado impuro de un movimiento singular que puedo realizar a cualquier escala o nivel, desde lo más nimio e insignificante a lo más grandilocuente: un gesto minimal o la historia universal, la marca en un hueso

primitivo y la metafísica occidental, lo más bajo y lo más alto, lo abyecto y lo sublime, etc. Me imagino a la escritura, o más bien a la letra, como un fractal que se replica a distintas escalas, cuya figura es indiscernible para las formas estándar de argumentación o expresión. Y creo que de tanto imaginarlo y practicarlo, algo de eso ha ido tomando cuerpo. Cualquiera que suspenda la tiranía de las buenas formas, o los estándares de expresión, puede leer eso que digo en singular y puede ensayar o practicar su figura.

Contar

Apuesto también por la transmisión; de ahí que lleve algún tiempo buscando la fórmula mínima para responder a la disolución neoliberal. ¿Existe acaso una partícula del lazo social? Lo expresa en rigor la lógica de la *terceridad*: si hago algo por alguien, no le pido que me devuelva luego el favor, no está en deuda conmigo, sino que lo obligo a que haga algo por un tercero; y así infinitamente. Esa obligación no surge de la deuda o la falta, sino de un plus de potencia gratuita que *con-mueve*. Cada acto genuino expresa una potencia que contagia. Los recursos podrán ser limitados pero los gestos de donación y los modos de invención no lo son. No hay deuda, ni toma y daca oportunista, pero sí obligación que genera lazo, generosidad, potencia. Si la necesidad crea derechos, ante recursos limitados eso no es objetable *per se*, porque lo puede hacer en virtud del deseo que se trama junto a otros y habilita una composición infinita. Exceder la lógica de la oferta y la demanda, como la necesidad y el derecho, exige pensar la *terceridad* que abre infinitamente el juego hacia lo nuevo.

Sucede que habitualmente nos vinculamos con les otres a través de fantasmas, prejuicios, ideales, proyecciones y expectativas varias. Por eso no escuchamos, ni vemos, ni sentimos, ni experimentamos, ni leemos *realmente* sino, en principio, *imaginariamente*. No es que lo imaginario sea limitado o pobre en sí mismo, sino que se encuentra enmarcado por significantes e ideales incuestionados. Tenemos que atravesar el marco simbólico que nos constituye, por más simple o retorcido que sea, para acceder a lo real. Lo real es el agujero, el trauma, la multiplicidad infinita que parece inabarcable e insondable, pero se cifra en acto. Recién ahí podemos reanudar con lo imaginario, enriquecer la ficción, cambiar los marcos que importan, hacer cuerpo, pasar a otra cosa, etc. Es-

cuchar, leer, pensar y escribir de manera activa, alegremente, anudando la letra del nombre propio a cualquier materia que aumente la potencia de obrar. Podemos decirlo con palabras mucho más simples que estas, o con otras palabras, con gestos o imágenes; pero, cuando el nudo entre lo real, lo simbólico y lo imaginario ha sido efectuado en nombre propio, una alegría inconmensurable nos afecta. Comunicarlo y contagiar a otros resulta así una responsabilidad ineluctable.

Aunque quizá más que de comunicar se trate de contar. Pero *contar* se dice de muchas formas. Distingo al menos tres modos de contar. Un modo, hoy dominante, es el numérico, cuantitativo, acumulativo. El modo del que saca cuentas para todo, para comprar y vender, para llevar los días de vacaciones o los años que le quedan de vida. El segundo modo de contar es el que se le suele contraponer al anterior; el modo narrativo, el del relato o el cuento. Es el modo que asumen tanto el literato, el recolector de mitos y leyendas, como el simple narrador de anécdotas o el que chamuya en cualquier lado. Pero hay un tercer modo de contar que parece hoy olvidado; el de quien se pregunta para quién/es cuenta o con quién/es puede contar. En el sentido tanto de para quién/es importa, vale o significa algo en esta vida; como también con quién/es puede hacer cosas, incluso cuando no pueda hacerlas y necesite ayuda o asistencia. O más aún, cuando ya no esté vivo y queden tareas inconclusas. En fin, tres modos de contar: numérico, narrativo, existencial. Todos los modos cumplen alguna función, pero el tercer modo es el que realmente importa para constituir lazo.

En cuanto al primer modo de contar, también hay una forma elemental de hacerlo que cobra un valor inusitado, no acumulativo, cuando conduce al acto en suspenso. Sucede que, a veces, "contar hasta tres" es una buena idea, no solo para evitar la reacción apresurada, como se imagina a menudo, sino para dar lugar al acto que responde a lo real en juego. Puede ser la oportuna emergencia de una idea verdadera. O la práctica de una idea recurrente. La idea de la muerte inminente, por ejemplo, me ha salvado muchas ve-

ces: si no pudiera acabar con todo cuando quisiera, ¿cómo podría librarme de las sujeciones imaginarias y encarar cualquier cosa con el deseo de hacerla de veras? La idea de la muerte personal pierde su gravedad y dramatismo si se pone a escala de las transformaciones incesantes del universo y se asume, así, que no somos más que materia que se renueva y descompone a su tiempo. Pero nadie podría soportar semejante impersonalidad si no ha descubierto todavía la ínfima probabilidad de esa combinación singular de materia que ha resultado ser y puede disolverse en cualquier momento, por acción propia o impropia. Esto es, si no ha producido una idea adecuada de la esencia de su cuerpo. Alcanzar ese grano de verdad y no insistir en transmitirlo a los otros como fuese, antes del fin, sería muy miserable o mezquino. Porque la verdadera felicidad y sabiduría, por pequeña e insignificante que sea (en singular, son la misma cosa), quiere ser compartida.

Anudar

Recuerdo lo difícil que fue volver a comer luego de las intervenciones y operaciones, me repugnaba la comida. Hasta una simple galleta o un té me resultaban insoportables. Me di cuenta con espanto que el hábito de comer tiene mucho de automatismo pulsional. A medida que me fui recuperando lo olvidé y volví a comer como antes. Lo mismo me pasó con la escritura y la recepción del sentido circulante. Me daba náuseas volver a meterme en las redes sociales, por ejemplo, luego de tantos mensajes acumulados en mi ausencia y notas periodísticas en las cuales había sido tratado más como objeto que como sujeto. Sin embargo, volví de a poco y ligeramente algo cambió en mi escritura, en el régimen de sentido y la recepción activa de los gestos significativos. Sin dudas, el "sentido del gusto" como el "gusto del sentido" están montados sobre hábitos pulsionales irreducibles, repetitivos hasta la náusea, pero llegar a captar algo de la insensibilidad en que se despliegan, el modo en que nosotros mismos participamos del juego, abre una pequeña brecha de interrupción que prepara, quizá, para otro reparto de lo sensible. La ética materialista no se basa en un mandato superior, en códigos prohibitivos, sino apenas en ese ínfimo gesto reflexivo que permite contactarse con la náusea pulsional y sus repeticiones excesivas, ejercicios concretos para producir un pequeño desvío dispuesto a combinarse con otros gestos imprevistos.

Como dice Agamben en *¿Qué es la filosofía?*: "En el momento en que logramos percibir de modo anestésico e impuro no sólo lo sensible sino su tener lugar, entonces lo sensible y lo inteligible se comunican. La idea que no tiene lugar ni en el cielo ni en la tierra, tiene lugar en el tener lugar de los cuerpos, coincide con ellos"[2]. Percibir la ausencia de percepción, ahí se comunican lo sensible e

2 Giorgio Agamben, *¿Qué es la filosofía?* Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2017, p. 114.

inteligible. Podríamos apelar a la clásica metáfora de la caverna, la dialéctica del amo y el esclavo, o la más reciente lógica del acreedor y el deudor, para expresar la idea que nos moviliza; el tema es no limitarse al par conocimiento/desconocimiento, transmitir también los afectos en juego, exponer la relación de poder en que se inscriben, cultivar el cuidado de sí, tomar posición sobre un modo de gobierno, etc. No solo ver o no ver; o salir de la caverna para entrar en otra; o invertir una relación de poder y dejar intactas las demás; o cuidar de sí y despreocuparse del resto. No. La operación de la idea es más compleja, no por mera complicación sino por sobredeterminación de los niveles en juego. Las oposiciones dicotomizantes entre individual/colectivo, personal/social, ético/político, público/privado no hacen justicia a lo real que nos interpela. Tenemos que pensar en términos de posiciones, lógicas entrelazadas impuras, y afectos que se activan.

El esclavo como el deudor contemporáneo solo ven la falta en sí mismos, se inculpan y debilitan; mientras el crítico liberal como el esclavo acreedor solo ven la falta en el Otro, se exculpan o victimizan. Pero quien se ha liberado, en verdad, ve que las dos faltas coinciden: se hacen el juego y enroscan entre sí, como dos falsos agujeros que buscan penetrarse y dominarse mutuamente. Entonces, al captar el juego de la superposición de las faltas, del sujeto al Otro, de los falsos agujeros, quien es libre se siente responsable por lo real en juego: hace pasar por ahí su recta intervención que nombra el acontecimiento; anuda así y muestra las solidaridades entre las partes involucradas, convirtiendo lo falso en verdadero, exponiendo la inversión de la relación de poder, la inconsistencia del Otro, interpelando al sujeto a ocuparse de sí mismo y darse un buen gobierno. El nudo del saber, el poder y el cuidado, del cual un solo corte basta para mostrar que son irreductibles como indisociables; pero hay que decirlo justo a tiempo. O incluso escribirlo, cada vez.

Compartir

Un llamado y una habilitación: la necesidad de compartir y ampliar un cambio en el registro de escritura -múltiple y variado- que vengo practicando hace tiempo. Quizá un modo de componer las diferencias que no pase por el clásico contrapunto o la discusión, la argumentación o la explicación, que no tome por objeto de análisis lo dicho por el otro, o que simplemente se dedique a elogiarlo o denostarlo; en fin, un modo de entrar en resonancia poniendo en juego las propias experiencias, palabras y conceptos que no encuentran medida común, que hacen cuerpo de un modo singular, porque tratan de un dolor insondable, expuesto a la consideración pública.

No importa qué viene primero, si el habla o la escritura, porque hay un salto entre ellas, un cambio de registro que las resignifica y del cual -paradójicamente- no siempre se toma registro. Esto afecta singularmente cuando se trata de decir lo real y, ante la imposibilidad situada, se lo escribe. No se escribe del mismo modo que se habla, como tampoco se muere del mismo modo que se vive. Escribir anticipa la muerte: corte, condensación, recapitulación precipitada de una vida. Hablar en cambio es un modo de distraer la muerte: contarnos historias, ampliarlas, adornarlas para que resulten entretenidas. No me suelen agradar quienes escriben del mismo modo que hablan, como tampoco quienes creen saber de la muerte porque viven. Quienes no han atravesado los umbrales de este mundo, habitado los bordes del lenguaje, entre la vida y la muerte, hablan sin saber y escriben sin sentir. Pretenden decir qué hacer cuando no se han hecho siquiera a sí mismos. La tarea infinita de hacerse entre escritura y habla, lectura y escucha, meditación y prueba, en el anudamiento inexorable de esos modos irreductibles, quizá ayude a otros mientras dure una vida. Pero no hay

garantías, mucho menos entretenimiento o recompensas, cuando se vive éticamente, cuando escribir es una forma de vida. Sí hay alegría de pensar sin distraer ni decir necedades para convencer a nadie. Una tarea a puro gasto: escritura de sí.

Escribo por necesidad, como respiro, no busco agradar a nadie ni mucho menos ganar premios o reconocimientos (aunque si viene alguno no lo rechazo). La escritura en mi caso es un ejercicio de pensamiento, como tal, ni individual ni colectivo, ni privado ni público, ni moderno ni antiguo; sino el nudo mismo donde se cruzan, bifurcan y solicitan esas determinaciones. Allí los nombres, corrientes y tradiciones entran a jugar en una danza de interrupciones y composiciones imprevistas, de acuerdo a la delimitación del tiempo presente: el instante cifrado de la eternidad. ¿Suena demasiado pretensioso? Poco importa, y nadie debería sorprenderse: cada quien toma la verdad que puede soportar o el fruto que le place. No hay deuda ni obligación sino impura donación, de cualquier especie. La naturaleza es sabia y pródiga en ejemplos.

Observo a través de la ventana que da al patio: todas las tardes viene un colibrí, se posa alegre sobre algunas ramas y revolotea en torno a las flores, se coloca frente al gato a muy corta distancia, parece mirarlo, cambia velozmente de posición, se acerca aún más, se desplaza de un lado al otro, pero siempre frente a él, como si lo saludara o burlara desde distintos ángulos. El gato se limita a mirarlo agazapado, fascinado, no en la posición habitual en la que acecha mariposas a las que caza fácilmente, como si supiera que al colibrí es imposible alcanzarlo. Nunca llego a filmar ese momento mágico, todo sucede en escasos segundos. La única tecnología con la que cuento es la escritura. Cada vez que aparece algo de lo real también me quedo un poco así, agazapado, fascinado, no busco describir lo que sucede, lo miro de frente, como si me saludara o burlara y, en vez de dar el salto, escribo. Hay otra parte de mí que siempre sale volando, alegre, luego vuelve para que la escriba, pero no llego a captar ese momento mágico. La tecnología de sí necesita de la escritura y algo más: un pensamiento recurrente que cambia de forma y persiste en su deseo.

Existir

Emulando el *Ecce Homo* de Nietzsche, para concluir esta primera parte, me propongo responder algunas preguntas básicas sobre mi modo de existencia y quehacer actual. Pero a diferencia del filósofo de la sospecha no me considero más sabio, ni más inteligente, ni que escriba mejores libros que nadie. No obstante, sí entiendo que hablo como una singularidad absoluta, asumo el riesgo de escribir en nombre propio, y trato de alcanzar a otros en lo que hago. También coincido en la *transvaloración* de los valores por la que los gestos y actos más pequeños o insignificantes de la existencia -dónde vivimos, cómo nos afecta el clima, qué comemos, leemos o escuchamos- son los que verdaderamente importan. Tanto es así que considero a la escritura misma como un ejercicio cotidiano fundamental para constituirse a sí mismo e interpelar a otros; pero no creo en absoluto que sea algo trascendental y vaya a producir una partición en el conjunto de la humanidad; no se trata aquí de fantasear un gesto *archipolítico*. Sí sostengo, como Spinoza y los antiguos, que cualquiera puede acceder al verdadero conocimiento y transformación de sí. Para eso hay que llegar a entender que *uno es lo que hace*, materialmente, ni más ni menos.

A continuación respondo a tres preguntas básicas, a partir de ciertos preceptos que asumo como verdades prácticas, luego relato cómo se insertan en mi propia historia, en lo legado y en la modulación singular que le imprimo a cada una de esas preguntas.

§ ¿Por qué no le debo nada a nadie ni nadie me debe nada?

Cada quien da lo que puede y considera justo según su propia potencia, y cada quien toma lo que le ofrecen como si se tratase de los frutos que crecen en un campo silvestre. En lo que realmente importa, los gestos que hacen a la vida y la muerte, no hay relaciones de propiedad, ni mercado, ni deudas contraídas. La cuestión de abolir el círculo de la actividad-deuda-recompensa, nudo de servidumbre imaginaria, depende de cada quien: encontrar el modo de perseverar en el ser que lo caracteriza y realizar los gestos que lo sostienen a puro gasto y liberan.

El viejo era médico las 24 horas del día, todos los días, siempre estaba disponible para sus pacientes, recuerdo haber pasado navidades y fines de año en la guardia del hospital, también las interrupciones recurrentes en los almuerzos familiares, en la siesta o a cualquier hora, y los fines de semana acaso por alguna urgencia. Cuando se retiró a vivir en la finca, un poco más alejado de la ciudad, igualmente caían cada dos por tres a visitarlo, hacerle consultas o saludarlo. A veces se escondía y nos pedía a nosotros que vayamos a ver quién era, que le dijéramos que no estaba. No podía decir que no. Mi viejo acompañaba todo el proceso de salud-enfermedad-muerte de sus pacientes. Muchos se sentían en deuda con él, le traían ofrendas, regalos, o le pagaban con lo que tenían: frutas, chacinados, vinos, cosas dulces, artículos de campo que apilaba por ahí. En la casa del viejo nunca faltaba comida y él la ofrecía generosamente a quien quisiera quedarse a almorzar o cenar. No era derrochón sino populista, como diría un amigo.

El *sutil arte de las distancias*. ¿Cómo volverse inaccesible sin negar la propia potencia de dar o recibir cuando el fruto está maduro -o la mesa servida- y la invitación es oportuna?

Cuando me dispararon alguien me ayudó a levantarme y me llevó en auto al sanatorio más cercano, allí me atendieron adecuadamente, médicos y enfermeras con un trabajo precario, excedidos en su tarea diaria, puestos bajo el foco de los medios porque el caso había tomado trascendencia pública. También surgieron ayudas de todos lados, familiares y no familiares, donaciones de sangre y gestión de implementos o trámites diversos. Cada quien dio lo que consideró que podía. Yo también. No hay compensación alguna por las horas privadas, las ausencias prolongadas, las faltas injustificadas, lo que hay son gestos potentes y generosos cada vez, a pesar de los malos encuentros inevitables. Recuerdo haberle dicho a un médico que íbamos a hacer un asado cuando me recuperara, luego no volví a verlo. Sí he hecho muchos asados para otros. Nadie le debe nada a nadie en lo fundamental, a no ser que se trate de un chiste, una chanza o un ritual pagano, como el gallo para Esculapio que pidió Sócrates al entrar en la muerte.

§ ¿Por qué nadie es mejor que nadie ni me interesan los prestigios fatuos?

Cada quien es tan perfecto como puede ser y a nadie le falta nada en su complexión singular, por ende no hay que esforzarse en exceso, ni mejorarse ni empoderarse, sino entender cómo uno está constituido y cuál es su deseo o forma de perseverar en el ser. Luego habrá composiciones y ejercicios que nos favorecen, que aumentan nuestra potencia de obrar, sentir y pensar, que nos generan afectos alegres; mientras que otras y otros -composiciones, ejercicios- nos producen todo lo contrario: daños, inercias, repeticiones y compulsiones que nos entristecen, nos hacen sentir que siempre nos falta algo, que no servimos para nada o que no deberíamos existir.

El viejo trataba a todos por igual, no importaba si eran ricos o pobres, conocidos o ignotos, ciudadanos respetables o pobres desahuciados, atendía gratis a quienes no podían pagar y se negaba a cobrar ese famoso plus que lo enemistó con sus colegas. Además, era muy crítico y celoso del ejercicio profesional, señalaba sin ningún prurito cuando algún médico cometía un error, o peor: mala praxis. Por eso, luego de ejercer muchísimos años como médico clínico y cardiólogo especialista, se convirtió también en uno de los mejores médicos legistas de la zona, todos los abogados querían que hiciera las pericias porque siempre ganaba los juicios. Pero esa falta de filtro o discriminación en relación a las personas también hacía que algunos abusaran de su confianza, le robaran o estafaran, y nos colocaba a nosotros muchas veces en situaciones de peligro por conductas descuidadas.

El *sutil arte de las distinciones*. ¿Cómo ser hospitalario con cualquiera sin dejar entrar a quienes no nos convienen?

Durante mucho tiempo sentí que era débil, vulnerable, me enfermaba seguido, comía cosas que me hacían mal, me descomponía, me dolía la cabeza, etc. Cuando empecé a practicar Karate me di cuenta en el acto que era justo lo que necesitaba: un arte que se aplicaba metódicamente en la repetición exacta de gestos y movimientos hasta lograr una liberación completa del cuerpo. De a poco y con perseverancia -practicaba todos los días- fui logrando la perfección técnica y casi no me cansaba, parecía que disponía de una energía infinita. Fueron los mejores años aquellos en que sentía que dominaba mi cuerpo y a la par estudiaba todo lo que podía, memorizaba nombres y geografías, hacía ejercicios matemáticos y sentía que podía con todo. Los mayores se sorprendían y me felicitaban. Defendía a mis amigos -y a quienes lo necesitaban- de abusos y agresiones. Por supuesto que todavía era una conquista precaria, porque temía la propia debilidad, además dependía demasiado del reconocimiento exterior. Pronto todo eso caería con la adolescencia. Son necesarias muchas caídas y otras tantas levantadas para aprender lo que conviene a un cuerpo y una mente singular, según el deseo en su propia perfección, encontrar con quiénes y cómo componernos, qué aumenta o disminuye nuestra potencia de obrar.

§ ¿Por qué escribo libros?

En suma, podría decir que escribo libros porque sí, porque puedo y no le debo nada a nadie, porque es mi forma de perseverar en el ser, de expresar mi potencia de obrar o producir frutos. A algunos les podrán parecer demasiado difíciles, ácidos o amargos, o, al contrario, austeros, simples o excesivamente dulces; no importa. Cada quien sabe y prueba lo que le conviene, según la ocasión o su propia complexión. No todo es para todos y no hay ningún elitismo en eso, simplemente se trata de entender la materia de la que estamos hechos y cuál es la composición que nos conviene. La letra, el enunciado, la frase, el gesto o el movimiento completo de un pensamiento, son tan materiales como cualquier fruto, ente o ser vivo, solo hay que poder elegir con conocimiento de causa.

Mis viejos tenían una biblioteca modesta, pero en casa siempre había libros, que iban y venían; había cierto deseo de lectura. Empecé a leer de pequeño y a escribir un poco más adelante, hacía los discursos escolares, los solicitaban algunos profesores porque era el más estudioso de la clase, aunque también el más crítico, no era el típico alumno aplicado y correcto que repetía las lecciones sin chistar. Cumplía el rol disonante tan apreciado por las autoridades de turno para demostrar ese pluralismo tolerante que luego, ya en la universidad, me parecería demasiado previsible y aburrido. Allí trataría más bien de atender al conjunto de voces disonantes, los tiempos diversos, la inexplicable abulia e indiferencia estudiantil ante el continuo estímulo o incitación a la participación por parte de algunos profesores. Los exámenes en general estaban muy bien escritos, daban cuenta de lo leído con fluidez y pertinencia, me solían felicitar o elogiar por eso, pero todavía no tenía una voz propia. Tuve que caer de nuevo en un punto de máximo desvalimiento y fragilidad para que emergiera mi voz en unos caracteres apenas inteligibles. Y de ahí no paré más. Empecé a escribir por todos lados: leía y escribía, releía y volvía a escribir. Cuadernos, blogs, post, notas, artículos, libros. Escribir como un modo de constitución de sí e interpelación a los otros, como un modo de habitar y respirar.

El *sutil arte de la composición*. ¿Cómo reunir la variedad de experiencias que nos constituyen en la diversidad sin caer en la unidad cerrada sobre sí mismo?

Uno no llega a ser lo que es, sino que encuentra en una práctica concreta el modo de perseverar en el ser que más le conviene, transformando lo que ha recibido en herencia, tomando lo que se ofrece generosamente y dejando caer el resto. Uno no se transforma ni deviene porque *uno en realidad no es* sino ese hueco que insiste en atraer y transformar las formas más adecuadas para su perseverancia en el ser. Un nudo singular. Nada más ni nada menos.

Parte II. Conversaciones y Meditaciones

Escritura de sí

Recuerdo al viejo afirmarse una y otra vez en la apelación a la memoria y la identidad: *yo no olvido, yo sigo siendo el mismo*. Siempre expuesto a la situación, enfrentándose a poderes fácticos, sin sustraerse un momento ni correr el cuerpo, luego de haber padecido el daño, pagando la libra de carne una y otra vez, indefenso en su ostentosa gesticulación de fortaleza. Y nosotros con él, de algún modo, también expuestos sin saber y arrastrados por el torbellino. Hay recuerdos bellos y dolorosos en mi historia personal, como en cualquier otra historia, por supuesto. No me jacto de nada. La vida real es trauma, agujero, fragilidad, exposición; quizá simplemente haya quienes accedemos antes a esa verdad ineluctable. No por elección propia o espontaneidad, claro. Y quizá el olvido puntual, histórico, necesario, que adviene luego, abra a la memoria impersonal, ontológica, genérica, eterna de donde procedemos y donde nos disolveremos definitivamente. Hay anticipaciones fugaces de eso. Más que cura o trabajo de duelo, allí se encuentra la materia cruda de la cual se teje cualquier pensamiento: una vida.

Desde hace tiempo se ha instalado una tendencia autobiográfica en la literatura contemporánea, pero no es eso lo que motiva la escritura de sí que aquí ensayo. Por supuesto, también se suele usar la escritura como una instancia de comunicación de investigaciones o experiencias previas, a la manera de una técnica instrumental o secundaria respecto a lo acontecido. ¿Pero qué sucedería si consideráramos a la escritura como un ejercicio de pensamiento y formación en acto que acompaña a los acontecimientos? La escritura de sí no es literatura del yo ni autobiografía, es un modo material concreto de constitución de sí a través de la recolección de discursos y enseñanzas de otros; donde además se incluyen las propias experiencias y reflexiones, por supuesto, no como referen-

cia exclusiva o privilegiada sino como material de trabajo. El objetivo aquí no es presentar la escritura de sí en exterioridad sino en su mismo ejercicio material, entrelazando experiencias personales y elaboraciones teóricas, conversaciones con quienes ya no están pero permanecen de algún modo, relatos de sueños y meditaciones que se ofrecen a la lectura cuidadosa y atenta, comprometida con el deseo de transformación.

La *escritura de sí*, según Foucault, comprende tanto las cartas como los cuadernos de notas.[3] En esta segunda parte compongo esquelas dirigidas a quienes ya no están, instaurando una relación mundana con los muertos, como propone Despret[4], junto a meditaciones en las que me ejercito a diario en una conversación conmigo mismo, como hace Marco Aurelio[5]; pero también las comparto con ellos y con cualquiera que se sienta interpelado a realizarlas. Todas están atravesadas por la concepción de filosofía práctica que propongo, y están reunidas por ciertos puntos nodales. En primer lugar, expongo el esquema básico de ejercicios o meditaciones que me orienta; en segundo lugar, resumo la concepción de Marco Aurelio respecto a los ejercicios en relación a los otros. Luego extiendo más ampliamente mi propia composición entre conversaciones fechadas y meditaciones sin tiempo.

3 Michel Foucault, "La escritura de sí", en Estética, ética y hermenéutica, Obras esenciales III. Buenos Aires: Paidós, 1999, pp. 289-306.

4 Vinciene Despret, *A la salud de los muertos: relatos de quienes quedan*, Buenos Aires, Cactus, 2021.

5 Marco Aurelio, *Meditaciones*, Madrid, Gredos, 1977.

Ejercicios básicos

Considero que hay cuatro esquemas de ejercicios básicos a realizar en distintas variaciones, inspirados de manera libre en el estoicismo y en Spinoza, que implican decisiones cruciales:

(i) Vivir o no vivir: la vida es un acontecimiento absolutamente azaroso y una elección, no una obligación penosa ni una carga destinal. Es decir que, en algún momento y cada tanto, hay que plantearse esto muy seriamente: si elijo la vida, tengo que considerar lo bueno y lo malo que esta conlleva, tomar el conjunto, sin lamentarme por lo que me tocó en suerte o fantasear con otra vida; también puedo decidir ya no elegirla y nadie me puede privar de esa opción.

(ii) Situar con justeza lo que depende de cada uno y lo que no: discernir ante cada cosa o acontecimiento si es algo que depende de nosotros y sobre lo que podemos actuar, o bien es algo sobre lo que no tenemos ninguna injerencia. Esto permite ocuparnos de lo que nos toca y no distraernos con fantasías o falsas expectativas, temerosas o esperanzadas, sobre cuestiones que no dependen de nosotros.

(iii) Orientarse por, y seleccionar, todo aquello que aumenta nuestra potencia de obrar, y descartar lo que no: por más que en la vida haya momentos más duros o penosos que otros, todo en cuanto dependa de nosotros ha de dirigirse a producir afectos alegres, no impostados o forzados. Esto quiere decir: componer con todo aquello que nos permite ampliar realmente nuestras posibilidades de percepción, pensamiento o acción, y no en función de ideales de semejanza, mandatos sacrificia-

les o cálculos especulativos de ganancia que nos entristecen bajo la promesa de goces futuros.

(iv) Considerarse a sí mismo y considerar la propia potencia de obrar en cada gesto, acto o pensamiento: solo de allí brota un afecto alegre que no necesita jactarse ni vanagloriarse de nada, ante nadie, e incluso puede suspender un tiempo lógico la precipitación del acto, según las circunstancias; pues, sin esa mínima consideración y esa investidura afectiva del sí mismo, nada valdría la pena.

Sobre los otros

El infierno son los otros, decía Sartre. Marco Aurelio presentaba tres ejercicios distintos para considerar a los otros como corresponde, sin que ello nos distraiga de nuestros deberes para con el bien común ni del cuidado de sí. Toda otra opinión, sea vituperio o elogio, nos debe resultar indiferente.

(i) Cuando quieras alegrarte considera las virtudes de quienes viven contigo: la capacidad de trabajo de éste, la discreción de aquél, la liberalidad de un tercero; nada hay más enaltecedor que cultivar las virtudes y saber apreciarlas en los demás.

(ii) Cuando alguien se presente alardeando de su poder y superioridad, imagínatelo sacándose los mocos, comiendo como un cerdo, evacuando o copulando; nadie deja de hacer las cosas más pueriles por más encumbrada sea su posición.

(iii) Cuando los demás insistan en idealizar figuras históricas insignes, recuerda que por más grandes hayan sido están todos muertos, no se hallan en ninguna parte o se han transformado en otra cosa; nada ni nadie permanece eternamente y ya pronto todos seguiremos el mismo camino.

Conocer

Camila me dice a veces que le hubiera gustado conocerte, y yo le vuelvo a decir que anticipaste su llegada, tocando la panza de Andrea; que como abuelo hubieses sido un poco pesado, no como el típico que consiente todas las mañas. Aunque quizá me equivoque, no sé, hace mucho que no conversamos. La última vez te vi en sueños y estabas bastante cambiado: más joven, sin canas, el pelo negro brillante, estabas más alto y delgado. Yo te preguntaba sobre ese cambio y me decías algo de un régimen que estabas siguiendo. Eras vos pero no eras vos, claramente. También aparecía Mariano, más alto y delgado, con una trencita larga, decía que venía de recorrer el mundo. Estábamos todos muy contentos y éramos diferentes, aunque nos reconocíamos. Tendría que saber cómo continuar ese relato, cómo seguir estas conversaciones, cómo volver a tejer nuestra historia de caminatas, zambullidas en el mar, mates con churros, asados y vinos. ¡Qué felicidad dona un padre sin saberlo! En un rato prendo el fuego y te cuento. A vos y a Mariano, que debe andar cerca, porque aquí también lo despedimos.

26 de febrero de 2023

Antes de morir, o sea, antes de que se disuelvan nuestras partes extensivas y pasen a formar parte de otras cosas, que a su vez se disolverán, tenemos que llegar a captar nuestra propia esencia bajo la especie de la eternidad [sub specie *aternitatis*]: (i) hacernos una idea adecuada de la esencia de nuestro cuerpo en tanto tiene un grado de potencia o intensidad única; (ii) conocer el mayor número posible de cosas en su esencia o bajo la perspectiva de la eternidad, captando también su potencia singular; y, asimismo,

(iii) conocer la naturaleza en su conjunto como lo que produce cada esencia singular y hace que cada una dependa de las otras y que, si acaso una sola se destruyera, el conjunto se desintegraría. La metamorfosis no es la extinción definitiva, pues, así como han desaparecido no sólo especies sino formas de vida, planetas y constelaciones enteras, otras tantas han surgido y volverán a surgir en el tiempo infinito. Cuanto más conocemos las cosas singulares, más conocemos la Naturaleza y más nos conocemos a nosotros mismos. Así, más podemos poner en su lugar las pasiones: activamos los afectos y constituimos un nudo virtuoso entre saber, poder y cuidado. Puede que al principio suceda de manera fugaz e intermitente, pero mientras más nos ejercitamos en este modo de conocer, lo transmitimos y compartimos, más prescindimos de las ambivalencias pulsionales, las fijaciones identitarias, la necesidad de dominio y las especializaciones o jerarquías de saber. No obstante la variabilidad propia de la constitución humana, hay un modo del pensar en acto que no sigue género ni especie; considera lo absolutamente singular de cada cosa desde la perspectiva de la eternidad; y su práctica, un tanto rara e infrecuente, hace que excedamos nuestra condición finita, mortal, estulta por naturaleza. Si alguna vez has intuido un conocimiento así, si tienes acaso una idea al respecto y el registro afectivo de la alegría que ha suscitado, entonces confíate a ellos lo más que puedas y actívalos recurrentemente, cual sea la experiencia que te toque pasar: eso te salvará de la desesperación y el patetismo ante la idea de la muerte. El problema no es la muerte en sí, sino el temor que nos suscita su idea. Como dice Epicuro: "La aprehensión correcta del hecho de que la muerte no es nada para nosotros convierte a la vida mortal en algo que puede disfrutarse, no añadiéndole un tiempo ilimitado, sino suprimiendo la apasionada añoranza de la inmortalidad. Pues no hay nada temible en la vida para la persona que está convencida de que no hay nada temible en no estar vivo." (Ep. Men. 124)

Morir

¿Qué pasa cuándo nos morimos? Nada, no pasa nada. Nos disolvemos en partículas, nos convertimos en otra cosa, polvo que se hace parte de la tierra o se va con el agua. ¿Pero qué se sentirá morir? No se siente porque no hay quien sienta ya nada, al menos nadie ha vuelto para contarnos, cuando se muere es como si se apagara el mundo. Te quedaste pensando y te dije que preguntaras en la clase de filosofía. Pero la profe no sabe porque no ha vuelto de la muerte. No sabe eso, pero a lo mejor surgen preguntas interesantes. Habría que preguntarle a alguien que estuvo cerca de morir. Bueno, yo casi muero cuando vos estabas por nacer, pero no me quería ir sin conocerte, no me iban a llevar tan fácil, y menos mal que me quedé. Tu existencia, tu crecimiento me emocionan, el ser parte de tu vida me emociona, saco una foto del momento en que te dejo en el cole para guardarla en mi memoria y, contradiciendo lo que había dicho, me doy cuenta que no se sentiría nada bien haber muerto. Eso último no te lo dije, claro, ahora lo estoy escribiendo.

25 de abril de 2023

Medita en la muerte no sólo como posibilidad lógica ("todos vamos a morir") o certeza ontológica (el "ser-para-la-muerte"), ni como un mal pensamiento, pesimista o angustioso ("debo tener una enfermedad mortal"); medita en la muerte como una realidad concreta: ponte en el lugar de alguien que está muriendo ahora mismo o va a morir de manera inminente. No te sitúes en abstracto sino en una sala de internación, intubado, con dificultad para respirar y mucho frío, incómodo y solo, bajo una pálida luz mortecina. Medita seriamente y de manera cotidiana en ello, por-

que la estupidez humana, la distracción permanente, las obligaciones diarias y las fugas hacia futuros improbables resultan más que apabullantes. Si no incorporas la muerte a tu vida, si no meditas en la muerte como ejercicio cotidiano, no podrás apreciar cada instante que se pierde, cada ínfima porción de placer ganado, ni cambiarás jamás tu forma de vida de ser necesario.

Considera que cada día se precipita el fin del mundo. Podría ser un meteorito, un cambio en el campo magnético del núcleo terrestre, una tormenta solar, o simplemente un cruce de calle distraído, una bala perdida, un balcón que se derrumba, un paro cardíaco, etc. Elige entonces qué harás hoy, cuáles serán tus pasos, hacia dónde; o cómo lo harás, cómo darás tu última batalla, con quiénes te juntarás, que verás, oirás, dirás. ¿Puedes elegir algo en tu vida? ¿Una mínima variación, una constancia? ¿Puedes al menos elegir el modo, el tono, la mueca de tu rostro al emitir la última palabra, el último gesto? Si no es así, daría lo mismo que hubieses muerto, o te hubieses convertido en un zombie libertario, o un avatar de IA, etc.

Observa tu vida en su conjunto, como si vinieras descendiendo desde un lugar muy alto y pudieras apreciar cada detalle del paisaje, cada momento, cada relación, cada hecho, hacia atrás y hacia adelante: los recuerdos, los aprendizajes, los tropiezos, las promesas, las posibilidades e imposibilidades. Considera cada goce y cada sufrimiento, cada momento de calma e intensidad vivida. Contempla todo lo bueno, lo maravilloso y placentero, como también lo malo, el horror y los pesares. Haz el balance para saber si, considerándolo todo en su conjunto, abrazándolo todo, dirías: 'sí, deseo o continuar', o 'no, prefiero retirarme'. Cada quien dispone de su vida como único bien y, asimismo, tiene que poder entregarla rápidamente si ya no la desea. Vivir no puede ser una obligación, ni una carga, ni un sacrificio.

Cuentas

Hace unos días Cami, con su modo de interrogar tan hermoso, me hizo dar cuenta de algo: estoy en un momento único de mi existencia, situado justamente entre dos siglos, tengo 23 años vividos en el siglo XX y voy a cumplir 23 años vividos en el siglo XXI. Esta distribución simétrica no se repetirá jamás. Y ahora, mientras leo Dar (el) duelo[6] *de Vir Cano, quien lleva la cuenta de los años que tendría su hermano fallecido y de ella misma acercándose a la edad que tenía su madre en ese momento, me doy cuenta que Mariano también tenía 23 años cuando murió. Es como si hubiese vivido dos vidas de mi hermano. Y sin embargo nada se repite exactamente, dos vidas no se pueden contar de igual manera. Estos modos entre mágicos y obsesivos de contar tienen que ver con el duelo, con tratar de suturar una herida que no cierra. Pero al escribir se libera.*

15 de julio de 2023

Detente a apreciar la brisa que corre suave y acaricia tu rostro, ¿la sientes? El verdear de las plantas tras la lluvia, ¿no te despierta una mayor intensidad de los sentidos? De repente, la ciudad ha quedado en silencio y pareciera a punto de estallar, ¿puedes percibir las angustias acumuladas? Escucha a ese señor que te detiene en la calle y te pide que no lo trates mal por pedir una moneda, ¿le responderás con la amabilidad que se merece? Observa a tu hija crecer cada mañana con los ojos brillantes y el ánimo despierto, ¿puedes captar el sentido del mundo y acompañarla en sus pasos? Un viejo maestro se dirige a otro con amor, se diluye en elogios y valientes palabras, no sabe cómo expresar lo que los une, ¿acaso no te da ternura semejante escena, más acá de cualquier idea

6 Vir Cano, *Dar* (el) duelo, Buenos Aires, Galerna, 2022.

rimbombante sobre el comunismo? Un músico consagrado, solo con su guitarra, canta al público y entre ellos, un niño que se sabe todas las letras las entona emocionado, ¿notas como los lazos generacionales renacen de las cenizas algorítmicas con una simple canción? Tu compañera te pasa un mate que dona cuerpo y materia, como cada mañana escucha con paciencia tus disquisiciones, ¿no depende de ese mínimo ritual el seguir despierto, el seguir vivo? Así de frágiles y potentes somos. Siempre estamos a punto de sucumbir, siempre a punto de renacer, la sensibilidad y la inteligencia necesarias están al alcance de todos.

¿Por qué no habrías de alegrarte, también, si alguien que valoras te ha elogiado? ¿Si algunos más se han juntado y han decidido brindarte un gesto de reconocimiento? Una acción que no había sido calculada ni planeada de antemano para ganar ningún favor, ha redundado en un efecto positivo para alguien, ha incrementado su potencia de obrar, esto es, en virtud de ella ha logrado percibir algo diferente, ha entendido algo, ha rectificado su imaginación, ha disfrutado, etc. Incluso puede que no te lo haya dicho directamente, en su momento, pero esa acción valorada ha generado una red de confianza extendida, una buena disposición hacia tu obra o persona, aunque no sean lo mismo. Habrá quienes insistan en separarlas y valoren una en detrimento de la otra, o quienes valoren ambas al mismo tiempo, por distintos motivos, pero solo algunos pocos sabrán qué de una potencia a la otra y contagia virtud. Ellos sabrán reconocerte y habrá complicidad, un modo de comunicar y contagiar que no sea ostentoso, que sea cierto y certero, firme y generoso, que abra lugares y posibilidades nuevas. Por supuesto que nadie despliega su potencia de obrar por mero cálculo o interés, como las flores no se abren para embellecer el paisaje o ser polinizadas, lo que se da sucede naturalmente y lleva su tiempo, lo que se reconoce tiene que serlo de igual modo, sin cálculo ni lisonja, para transformar lo mejor en mejores cosas.

Voz

Hace algunas semanas soñé que me llamabas por mi nombre, escuchaba clara tu voz, venía de otra parte de la casa, como si fuese la habitación de al lado, donde dormía Cami. Traté de moverme de la cama pero no pude, ahí tuve la fugaz consciencia de que dormía, porque el cuerpo no respondió, pero alcancé a percibir que estaba en la habitación, veía una parte iluminada y otra oscura. Me hundí en el sueño sin pavor ni esperanza.

4 de agosto de 2023

¿Qué se hace después que se cumplieron los sueños y el deseo?, ¿después que se pasaron los terrores nocturnos y atravesaron a plena luz del día las peores pesadillas?, ¿después que los fantasmas y los muertos fueron puestos en su sitio, escuchados, evocados junto al fuego? Pues nada espectacular, la verdad. Se vive y ya es mucho. Se vive sin creérsela en absoluto, sin la idiocia común ni las falsas expectativas, un poco sonriendo de lado por los que todavía se preocupan, idealizan o calculan en exceso, sin ocuparse verdaderamente de sí mismos, ni de nada, ni de nadie. No hay ninguna genialidad, ni ironía, ni autosuficiencia en el gesto, apenas una sonrisa inevitable, como la lluvia que cae después de tanta sequía. No hay significante supremo, ni risa necia que de él se sostenga; lo que resta es una risa cósmica, que emerge de captar la esencia singular de cada cosa que nos afecta, tan natural como la luz de una estrella extinguida hace millones de años o un agujero negro.

¿Te alegra o entristece esa repetición en la que insistes? Nadie te obliga a permanecer ahí, puedes cambiar de lugar o posición.

Encontrar el tono, la nota justa, sentirte a gusto con un sonido que se repetirá incesantemente en infinitas variaciones y composiciones, con otras y otros, hasta la descomposición definitiva y más allá, cuando quede reverberando en el vacío. Después de todo, la materia de una nota es un cuerpo sutil que solo halla existencia en la resonancia de otros cuerpos. Por eso hay dos ejercicios contrapuestos y complementarios para encontrar el modo singular en el atributo infinito, el primero es estoico y el segundo nietzscheano: (i) imaginarse que eso que se está haciendo es lo último que se hará sobre la faz de la tierra; (ii) imaginarse que eso que se está haciendo se hará infinitamente. Bajo ese talante, elegir los encuentros que importan.

Infinito

Un día como hoy, hace 14 años nos dejaba mi hermano Mariano. Siempre me impactó esa frase de Lacan sobre la finitud, lanzada a su auditorio: "Hacen bien en creer que van a morir, de no ser así, ¿podrían soportar la vida que llevan?". Esta vida, muchas veces insoportable, solo se hace vivible sobre un trasfondo ético ineluctable: decidir cada vez si se sigue o no. Solo a partir de allí, cada gesto cobra un valor inusitado. Eso lo entendí con el tiempo y las cicatrices, hermano mío. Te abrazo al infinito con una frase que me regaló Cami: "Pienso en alguien que a su vez está pensando en alguien, y así, al infinito..."

6 de agosto de 2020

Imagina algo infinito: un espacio ilimitado, en el sentido banal de que no termina nunca, no halla fin alguno. Bien. Ahora imagina que ese espacio infinito está a su vez compuesto por partes infinitas que tampoco acaban nunca: un infinito de infinitos, digamos. Parece mucho, ¿no? Y sin embargo es bien poco, casi nada. Imagina, ahora, que ese espacio infinito compuesto a su vez de infinitos que no acaban nunca es apenas una parte ínfima de otro infinito compuesto a su vez de grandes infinitos. Y así. ¿Te das cuenta de la completa insignificancia de la imagen que refleja el espejo, sea tu yo o cualquier objeto, incluso frente a otro espejo que la reduplica *ad infinitum*? ¿Te das cuenta de la completa insignificancia de lo que llamas nombre propio, de cualquier nombre propio, ese débil eco que resuena en espacios vacíos, como cualquier presentación finita que ha delimitado su oquedad? No obstante alguien, no importa quién, nosotros mismos llegado el caso, aquí y ahora, podemos alcanzar ese pensamiento de lo inconmensurable en un abrir y cerrar de ojos, en un acto de escritura que se lee entre lo finito e infinito; incluso podemos decirlo en nombre propio.

Alguien dice: - He leído a Platón, Aristóteles, Kant, Hegel, Niet-

zsche, Heidegger, me he especializado en los autores del último giro académico, pero no me sale ninguna filosofía. Otro, contesta: - No es con grandes nombres propios, ideas o sistemas acabados que se hace filosofía, querido amigo, sino con la urgencia de pensar ante un agujero abierto en lo real que angustia, cuando la realidad ha caído y ya no se soporta ningún semblante. Allí vienen con tacto, como imantadas, las palabras que hacen cuerpo, los saberes que movilizan, las ideas que alegran y ayudan a fabricar conceptos. Ahí, recién, se hace posible encontrarse con otros, recuperar tradiciones olvidadas, pensar el presente y, sobre todo, prepararse para la muerte sin lamentarse ni arrepentirse por lo vivido.

Considera entonces en qué medida esa sutileza teórica o conceptual que estás indagando o presentando modifica la vida que llevas o la de quienes te escuchan o leen de manera implicada; si no hay una mínima transformación en ellos, en ti o en nadie, a partir de lo que propones, quizá no valga la pena seguir insistiendo en pasar por sutil, detallista o riguroso. Vuelve a conectar la práctica teórica con el cuerpo, el cuidado del alma y los afectos alegres que te permiten transformarte; allí reside la verdadera prueba de rigor. No queda más tiempo; no expliques el concepto de práctica, muestra tu práctica y cómo ella te ha transformado en algún aspecto, incluso si tu práctica se limita a la explicación, o mejor: la producción del concepto. Porque sin transformación no hay práctica y no importa. Para sostener la reproducción del orden imperante, bastan el mutismo de los gestos repetidos y el automatismo vacío de las frases hechas. La liturgia no solo abunda en los cultos religiosos, se encuentra por doquier. Si el hábito hace al monje, la práctica hace al sujeto.

Considera por último que no estás pensando, que en realidad nunca lo has hecho, que este podría ser el ínfimo instante y la última oportunidad de alcanzar un pensamiento, como quien toma un tren en marcha, que te llevará vaya a saber dónde. El pensamiento no es voluntario, ni es tuyo, ni de nadie, es un movimiento del alma que se encuentra tramada con otros seres, con el infinito del que venimos y en el cual nos abismaremos pronto. Ya no, todavía no. El pensamiento es el nudo del tiempo.

Escritura

Estoy leyendo La escritura o la vida de Jorge Semprún.[7] *Él trata de escribir lo imposible, lo real, y lo logra: la experiencia humana, demasiado humana, padecida en los campos de concentración y cómo eso afectó su vida para siempre; vida teñida de allí en más, incluso en sus momentos más gozosos, de irrealidad o sueño. No se vive la propia muerte pero sí la de quienes nos importan. Cada vez que llegamos a esta fecha lo mismo: cómo escribir lo imposible, lo que nos afectó para siempre, cómo darle a la vida valor en medio de relaciones humanas, excesivamente humanas, que la desprecian. No hay que tomarse lo humano demasiado en serio, ni siquiera uno mismo, que va haciendo con eso como puede; solo rescatar el valor de los gestos que nos redimen, los instantes eternos, los rituales que nos permiten condensar todos los tiempos. Quizá entre tanta desidia generalizada, cotidianeidad programada, fluctuaciones anímicas, poderes y deberes, uno no es más que ese gesto profano y simple que toca la eternidad; gesto en el que podría permanecer indefinidamente porque ha traspasado los fines y motivos. Pura gratuidad. ¿Quién dice que pese a todo no lo había alcanzado, mi hermano, cuando decidió partir? ¿O Primo Levi? Quienes seguimos vivos podemos dar testimonio en nuestros propios gestos que algo de ello nos ha sido legado, transmitido, y podemos dar fe. Así revivimos a los muertos queridos, porque ellos viven también en nosotros, como cada instante en la eternidad. Anoche prendí el fuego, hoy escribo, como si la fecha ya no tuviera el peso de la gravedad.*

6 de agosto de 2022

7 Jorge Semprún, *La escritura o la vida*, Madrid, Tusquets, 1995.

No te distraigas con las valoraciones meridianas de la escritura, con tal o cual personaje idealizado o vapuleado, con el alma que vaga inquieta sin encontrar su causa; no creas demasiado en las primeras impresiones, en los reflejos apresurados del fantasma que te hacen creer en un irremediable destino: la letra siempre resta por escribirse, no es ideal regulativo sino acto que insiste, que puede mejorarse acaso, si se despoja de todas la pretensiones y figuraciones antedichas. Y sí, por supuesto que existen los otros y nos afectan, pero no creas demasiado en sus valoraciones, ellos también sabrán apreciar la letra [*lettre*] que llega siempre a destino. Y si no, ¡peor para ellos! Porque el destino es una orientación, una tendencia ineluctable, no un final tristemente anunciado.

Pero además, cada vez que quieras superarte considera con crudeza quién eres: un conjunto de identificaciones contradictorias que nadie entiende, tejidos exangües y órganos que pronto dejarán de funcionar, una inteligencia cada vez más caprichosa y esporádica, una serie de obligaciones ciudadanas que tratas de posponer o pasar lo más rápidamente posible. Es fácil superarte, no te elogies demasiado si lo logras, pero tampoco deprimas en exceso, porque nadie es mejor que el resto. El resto que persiste pese a todo es lo único que somos. ¡Escríbelo!

Ritual

Me despierto y lo primero que leo es el relato de un HIJO que encontró a su hermano desaparecido. Alegría, entusiasmo, amor, como también la evocación del horror, de lo imposible, de vidas sujetas a una búsqueda agotadora. Siento en la boca que he mordido toda la noche, hay algo que no puedo dejar de masticar, como una pena vieja y amarga que retorna. Hubiese querido soñar con mi hermano, pero esta vez no he podido. Aunque deseo evocarte con alegría, hermano, no siempre es posible. También era domingo aquel 6 de agosto en que habías desaparecido, fueron apenas unas horas de desesperación que se hicieron eternas. La certeza anticipada, el llanto, el dolor, la contención, la insoportable banalidad de los rituales sociales, de los trámites que se deben hacer igual porque nadie espera nada. Quizá haya pasado demasiado tiempo. Recuerdo otras veces que volvías en sueños como si te hubieses ido de viaje a lugares extraños, que habías estado perdido o dando vueltas por el mundo, recuerdo una vez que volviste como una fuerza impersonal que se suspendía ante mi ventana, y yo sabía que eras vos. Sentía una sosegada confianza. Anoche sin embargo no he podido soñarte, he masticado la bronca nomás, aunque ahora lo escribo y sé que algo de estas letras va triturando la cosa. Ese agujero que anticipé hace tiempo, que te pasé escrito en balbucientes caracteres, va siendo bord(e)ado con infinitas letras. No es que busque, encuentro. Quizá sea mi modo de hacer el ritual de una manera más conveniente.

6 de agosto de 2023

Convéncete de que este es el último día en que vivirás y organiza tu jornada como si fuese la vida entera: la mañana y el despertar son la niñez con su frescura; el mediodía y la siesta comprenden la adolescencia con su difícil trance; la tarde el declinar de la adultez y la angustia o la calma que sobreviene al poniente; la noche el

arribo inminente de la vejez y la luz serena; por último, el momento de ir a dormir resume la entrada a la muerte y el apagón de todo. Delimita cada instante como si fuese un año entero, vívelo como una condensación de múltiples experiencias, viajes, enfermedades, nacimientos y muertes, contempla cada objeto como si fuese único, cada gesto como el último, una exhalación que va dejando el polvo que en breve serás. ¿Notas cómo se condensa de a poco todo el placer que te es posible, cómo el deseo se reduce al ser que eres y a lo que dispones a tu alrededor? ¿Qué más podrías necesitar, añorar o esperar, si el presente es todo lo que posees? ¿A quién quieres impresionar, qué reconocimiento buscas, qué modo de alcanzar la inmortalidad, si pronto habrás dejado de existir y ya nadie te recordará, ni quedará nadie en pie, si no hay más eternidad que la que se alcanza en el instante que comprendes eso justamente?

Sigue el mismo ritual, no te distraigas. Analiza la noticia del día, evalúa cada uno de sus elementos y llámalos por su nombre; indaga su procedencia y valor en relación al conjunto; considera cómo se devaluará en el transcurrir de las horas, días, o semanas; ten presente que se te solicita reaccionar pronto a ella, colocarte en alguno de los lugares previamente asignados, y el afecto predominante que se busca generar es la indignación; entonces considera cómo conviene responder para no dejarte arrastrar: humor, coraje, simpatía, abstención, etc. Cada noticia, con todo el flujo semiótico y la deriva sobreinterpretativa que genera, puede ofrecer un momento oportuno para ejercitarse respecto al distanciamiento y la imperturbabilidad necesarias para producir el engrandecimiento del alma. Cualquier crítica real a lo existente emergerá de un ethos sostenido en el cuidado de sí, la consideración del conjunto, y la superación de la estulticia. Que la muerte no nos tome en la pequeñez de lo inmediato, en la mezquindad de quienes se dejan arrastrar o se creen exceptuados por principios morales abstractos: el único movimiento de desprendimiento efectivo es el que podemos hacer por nosotros mismos, considerando el conjunto del que formamos parte y la inexorable disolución de todo.

Cuidar

Veía la foto de la última vez que nos encontramos, allí, en tu lugar en el mundo, sentados alrededor de la mesa tomando mate. Recuerdo esas conversaciones que me incomodaban un poco, tus cerrazones e insistencias, lo políticamente incorrecto e injustificable, lanzabas aserciones caprichosas solo para provocar o divertirte. Pero Cami ya estaba en camino y tuviste ese gesto tierno, como de adivino o médico sabio, presagiando que ella vendría, contra lo que nos habían dicho los especialistas por imágenes. No me di cuenta, o no quise ver en ese momento, que lo hacías con cierto desapego o resignación, como si también supieras que ya no ibas a estar para recibirla. No tuve la sensibilidad ni el coraje para darme cuenta que esa serie de incomodidades y precauciones como hijo se cerraba, el ciclo concluía y se abría otro: la responsabilidad inaudita de ser padre; eso que tantas veces habías tratado de decirme. Una y mil veces me he preguntado qué es el cuidado, cómo ejercerlo con quienes se ama tanto o más que la propia vida, cómo no olvidarme jamás de buscarla en ningún lado, cómo no dejar que se pase una tristeza, un sueño, una caída, un mal encuentro sin ponerle palabras, cariño, escucha, atención, brindar algunos elementos indispensables para elaborarlo, para sanar, para aprender, etc. Y sin embargo, la vida pasa, el dolor, el sufrimiento, la pena son inevitables. Ha comenzado el trágico mes de agosto, he seguido el ritual de tomar la caña con ruda y aquí estoy de nuevo: con la espalda lastimada por un movimiento que no tendría que haber hecho. Me culpo, me siento un imbécil, alguien incapaz de aprender, cómo podría enseñar cualquier cosa, cómo podría cuidar si no me cuido. Tampoco quiero reprocharme en exceso, caer en el victimismo, ser demasiado duro. Cami me consuela, me abraza, me mima, me dice ya te vas a curar. Quizá también se trate de eso ser padres: dejarse cuidar.

8 de agosto de 2023

Además del simbolismo y la tradición que todos más o menos cultivamos al festejar el día de la madre, piensa en el *acto de maternar* más que en la figura idealizada de la madre. Festeja las maternidades diversas y plurales, con su multiplicidad de deseos y consideraciones históricas, pero sabiendo una cosa: no cualquier gesto de cuidado pone en acto esa función. No sólo hay una cuestión lógica y afectiva crucial, que es la de poner el cuerpo, sino la de transformarlo en función del viviente desvalido que lo solicita. Quizá una de las principales muestras de esta capacidad maternante sea la de renunciar al propio sueño para brindarlo al otro. Recuerdo claramente los gestos que me ayudaron a entrar en el sueño: el arropo, el canto, el abrigo, incluso siendo adulto pero encontrándome en una situación de total desvalimiento. Como también recuerdo el momento en que me tocó darlo, venciendo cualquier supuesta incapacidad. Para mí esa es la prueba de fuego: todos los demás cuidados y consideraciones son secundarios respecto a esa increíble renuncia y transformación que solo puede ser habilitada por un amor inmenso y sutil, inabarcable como la noche misma, pero circunscrito a ese frágil cuerpo que se resiste a volver a ella.

Protegerse: la vida a la intemperie da asco, pura distracción y accesibilidad que estupidizan. Es muy difícil hacerse un hueco para vivir, un hueco que aloje el deseo, que le dé cabida y cobertura, abrigo para que crezca y fructifique. Un hueco se hace con gestos obstinados, gestos cualquiera aunque singulares, cada quien tiene que aprender a encontrar el suyo. Puede ser el gesto de escritura, por ejemplo. No hay que decirles a los otros qué hacer en toda ocasión; cada uno insiste desde su hueco, si lo ha encontrado, y eso repercute a la distancia con una fuerza ejemplar que ayuda a orientarse. Hasta que los huecos se conviertan en túneles y comuniquen entre sí; la gran madriguera no es una utopía, existe materialmente en cada gesto que ahueca y cultiva el deseo en el presente, persevera, porque confía en que otros también pueden hacerlo.

Haz como si eso que haces, no importa su valor o magnitud,

fuese a cambiar el mundo en verdad; o mejor: haz que eso que haces cotidianamente esté con un pie en este mundo y con otro en el nuevo mundo que imaginas deseable. Entonces, se producirá una torsión entre el lugar desde donde operas, y tomas los materiales necesarios, y ese otro lugar que deseas. Un cambio de terreno, la apertura de una nueva problemática, el despliegue de otro plano de existencia. Si se logra producir esa torsión singular, se reconcilian las figuras de la crítica, la utopía y la subversión en el mismo acto. Si ese modo de proceder se contagia, multiplica y potencia, otro mundo advendrá efectivamente. Más que discutir y refutar autores, tenemos que aprender a usarlos para encontrar nuestro lugar en el mundo y forzarlo hacia otra cosa. Ese es el ejercicio básico de un pensamiento materialista, sea su práctica política, teórica, ética, estética o ideológica. Sea incluso esta modesta escritura.

Contento de sí

Me levanto un poco mejor, reviso el muro de los recuerdos y encuentro la clásica cita de Spinoza que usé como clave de lecto-escritura en La razón de los afectos[8]*. ¿Cómo es posible que, por entender la causa adecuada de la tristeza que nos afecta, podamos subvertir la situación y sentir alegría? Nadie sabe lo que puede un cuerpo, sea para romperse o para recuperarse, hasta el último momento. Solo en virtud de la razón, el círculo virtuoso se abre para quienes se detienen a considerarse a sí mismos:*

'El contento de sí mismo puede nacer de la razón, y naciendo de ella, es el mayor contento que puede darse'. Demostración: El contento de sí mismo es una alegría que surge de la consideración que el hombre efectúa de sí mismo, y de su potencia de obrar. Ahora bien, la verdadera potencia de obrar del hombre, o sea, su virtud, es la razón misma, que el hombre considera clara y distintamente. Por consiguiente, el contento de sí mismo nace de la razón. Además, el hombre, en tanto se considera a sí mismo, no percibe clara y distintamente, o sea, adecuadamente, nada más que lo que se sigue de su propia potencia de obrar, esto es, lo que se sigue de su propia potencia de entender; y así, de esta sola consideración brota el mayor contento que darse puede. Q.E.D."[9]

Hoy se cumplen 9 años del día en que repentinamente nos dejaste. Recuerdo nítido ese trágico momento. Me impactó ver tu cuerpo sin vida, estabas frío como el mármol y tenías una sonrisa calma. Eras duro, siempre decías, en la palabra y en el cuerpo, que había llevado la peor parte: soportado distintas roturas, traumas y desgastes. Pero seguías vivo y disfrutando. Puedo decir que he recibido lo mejor de tu legado, y he aprendido a ablandarme cuando es necesario. Q.E.P.D.

10 de agosto de 2023

8 Roque Farrán, *La razón de los afectos: populismo, feminismo, psicoanálisis*, Buenos Aires, Prometeo, 2021.

9 Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Madrid, Alianza, 2006, p. 343.

Lo más profundo es la piel, pero no toda la piel, sino la parte de la piel que ha sufrido una herida y ha cicatrizado. Porque no hay modo de habitar un cuerpo sin dolor, ni modo de hacer un cuerpo que no suponga la encarnación de una herida, ni cicatrización que no produzca una idea del cuerpo, y asimismo la alegría que de ella emerge. Eso nos permite sentir su profundidad como corresponde, es decir, su lugar en el espacio, que es el nuestro. Constituirse a sí mismo es sentir la profundidad de un cuerpo, habitar una herida, seguir una idea verdadera, y tener el coraje de decirlo todo. Esa concatenación conjunta es la misma cosa.

Pero si las palabras no alcanzan para decir lo que sientes, quizá sea porque primero tienes que sentir las palabras. No usamos las palabras simplemente para expresar nuestros sentimientos, expresamos lo que sentimos porque somos seres de lenguaje; seres tramados por palabras, que afectan y son afectados, que incluso pueden llegar a entender que son causa adecuada del afecto y su lenguaje. Por tanto, si tus palabras no pueden parar el mundo, para tus palabras: bájate de ellas y cámbialas. Y si no puedes cambiar al menos su sentido evidente, dirígete a ti mismo estas simples palabras: "Pienso ahí donde no soy, soy ahí donde no pienso". Si esta disyunción problemática entre el ser y el pensar, allí mismo, no te hace reencontrar el deseo de un decir verdadero que anude palabra, cuerpo, pensamiento, entonces ya no me hables de cambiar el mundo. Ni de nada. Mejor calla, como dijo otro.

Haz cada cosa que tengas que hacer o quieras hacer: producción, intervención o comunicación, como si fuese la última vez que la harás sobre la faz de la tierra. Con ese ánimo, con esa actitud, con esa apertura y osadía. Porque nada te asegura que no sea en verdad la última. No hay garantías al respecto. Lo único que poseemos es el presente. Lo decisivo entonces no es convencer a los indecisos de tomar partido, sino poder tocar con un gesto cualquiera esa infinita potencia que se nos sustrae, antes que la pobreza más extrema -material y espiritual- nos convenza de que nunca estuvo en realidad a nuestro alcance.

O mejor: haz como si eso que tienes que hacer hoy debieras haberlo hecho hace mucho tiempo atrás, y ya han vencido todos los plazos. Demasiado tiempo ha pasado, siglos, milenios, eones, incluso la deuda y la culpa por no haberlo hecho en su momento han caducado: todos han muerto, la tierra se ha extinguido, y te encuentras en un planeta absolutamente extraño. Entonces, en lugar de procrastinar o hacerlo con la espada de Damocles sobre la cabeza, lo harás con soltura: con la gracia, la liviandad y el goce de aquel que dibujó el cangrejo en un solo trazo, luego que el Emperador accediera a todas sus demandas. Siempre ha sido así, en realidad, la maestría en cualquier arte o práctica no se desarrolla en el tiempo de la demanda, la ganancia y la acumulación de saberes; sino, a pesar de eso, en la sustracción más absoluta de la gravedad que pesa sobre la tierra y los cuerpos, la velocidad infinita alcanzada en la repetición del acto: el vaciamiento y la distancia tomada. Es un ejercicio de imaginación materialista, latente en cualquier práctica, que habilita el trazo justo: el que se traza de su círculo sin poder contarse en él.

Amistad

Le mando el texto donde relato algunas de las veces que morí y el Nico, amigo de toda la vida, me recuerda que olvidé contar aquella otra en que lo salvé: me había quedado a dormir en su casa y, durante la noche, un almohadón apoyado en el calefactor empezó a quemarse, me desperté porque no podía respirar y me di cuenta que estábamos en una nube de humo tóxico, lo levanté con dificultad -porque dormía un sueño profundo- y alcanzamos a salir. Respiré durante días el olor a plástico quemado. Supongo que me desperté rápido porque yo no fumaba, en cambio mi amigo se bajaba varias etiquetas en ese momento. Fue durante los noventas, época de nihilismo absoluto y escasas expectativas de vida. A las pocas semanas del intercambio textual nos encontramos en Bariloche, hacía años que no nos veíamos y estaba igual, festejamos con Cami y Jas mi cumpleaños, me trajo de regalo un parlantito de Apple, donde él trabaja ahora como diseñador, pero solo funciona con un telefonito de la misma empresa. Nos despedimos con la promesa de vernos pronto con la familia completa. Luego fue el cumple de Cami, como siempre la organización resultó algo incómoda, pero ella estaba súper contenta y se divirtió mucho con sus amiguitos, nos dijo que fue su mejor cumpleaños. Las cosas no siempre salen como uno quiere, hay encuentros y desencuentros, a veces tardamos años en darnos cuenta dónde reside lo importante de cada momento, de cada persona, de cada gesto. Ah, entre tanto, ganó la presidencia un tal Milei, quizá un día nos acordemos de que existía un país maravilloso que se llamaba Argentina. O quizá otros recordarán por nosotros.

28 de noviembre de 2023

Solo al ocuparnos de nosotros verdaderamente y considerar lo que aumenta nuestra potencia de obrar, podemos interesarnos genuinamente por los otros, por la naturaleza y el conjunto del que formamos parte. Si no es así, aunque nos creamos altruistas y digamos que hacemos todo en pos del otro, que somos grandes amigos, seguiremos el encanto del ideal sacrificial y buscaremos retribuciones secundarias a nuestra gentil disposición. En primer lugar, ocuparse de sí implica dirigirse la mirada a sí mismo, dejar de preocuparse por lo que hacen o dicen los otros y concentrarse en uno mismo; observarse, estar presente en cada acto, hasta el más mínimo e insignificante, como la respiración o el movimiento de la mano al escribir, el tomar la palabra o soltarla; no juzgarse ni compararse, solo observarse, prestarse atención. El cambio de la economía libidinal comienza por pequeños gestos y hábitos, por el cultivo de una disposición atenta a lo que sucede en el cuerpo, en el pensamiento, en los afectos que aumentan o disminuyen la potencia de obrar. En segundo lugar, hay dos hábitos nocivos a desarraigar: la *estulticia* de la distracción permanente, la atención dispersa y la dependencia de la opinión de los otros, por un lado; y la *servidumbre de sí* que nos envuelve en el círculo de actividades, deudas y recompensas que nos imponemos asiduamente, por otro lado. Empezamos a investir los actos con potencia en la exacta medida que sustraemos la atención y la energía libidinal puesta malsanamente en los otros, en la mirada y valoración ajenas. Recién ahí podemos hablar de componernos y hacer algo real con los demás. Esto es, dejar de exigirse mil cosas y de recompensarse imaginariamente por ello en función de ideales insaciables. Cultivar una relación de atención y vigilancia con uno mismo que no juzgue ni reproche, que habilite el repaso y la reorientación de las actividades en función de un cuerpo y un sujeto presentes, sensibles, pensantes. Volver sobre sí cotidianamente, incluso para decirse que no queda tiempo y lo que se haga no tendrá medida alguna ni recompensa ulterior, por eso hay que estar allí en cuerpo y alma, intensamente, como si fuese el último gesto sobre la faz de la tierra.

Entrelazamientos

Tengo un pequeño álbum de fotos en el escritorio, me detengo a ver una de ellas, retrata una escena en la playa. Debo haber tenido 20 años, entonces la Lu tenía 10, el Mariano 15, el viejo 43. Si no recuerdo mal, me había decolorado el pelo ese verano, igual que el año anterior, cuando terminé la secundaria y aparecí así en la fiesta de egresados vistiendo una camisa a cuadros totalmente fuera de etiqueta. Hay cosas que ese joven disruptivo que era no podía expresar en ese momento, cosas que todavía hoy me cuesta decir pero siento con intensidad. Quiero detenerme en esta foto porque hay afectos condensados que me llegan con total nitidez. El viejo no mira a la cámara, está como ausente, quizá un poco triste o preocupado, el Mariano cierra los ojos sonriendo con total ingenuidad, la Lu mira con los ojos entrecerrados y sonríe también, yo miro concentrado con una sonrisa algo tensa. El contraste entre las sonrisas nuestras y la preocupación-ausencia paterna puede ser una constante familiar, pero hay algo más, que resulta innegable: el contacto. Yo le agarro la mano al viejo, el Mariano me abraza, yo sujeto a la Lu por el hombro y ella se apoya a su vez en mi pierna, el Mariano la protege con las suyas. Estamos entrelazados. Casi que puedo sentir el contacto, la alegría vital, el amor que nos une, en esa escena improvisada en la playa. Un rayo me alcanza ahora mismo, un grito agudo pasa por dentro y todo se inunda. Para no hundirme en el mar de la tristeza, escribo y escucho una canción. No he dejado de hacerlo. Ayer la Cami lloró por el agujerito que le hicieron en la oreja, la contuvimos y escuchamos. Hoy prendí el fuego, junto a la Jas, para homenajear a Manuela, su hermana. También nos entrelazamos con nuevos gestos que resignifican los viejos. Así seguimos vivos. Amando como podemos. Nada está perdido, mientras podamos hacerlo.

3 de marzo de 2024.

¿Van a exponerme más de lo que yo mismo lo he hecho? ¿Van a burlarse de mis contradicciones, cuando las asumo abiertamente y en ellas me ejercito? ¿Van amenazarme de muerte, cuando es la meditación con la que desayuno y con la que me voy a dormir mansamente? ¿Van a hablarme mal de mis amigos, cuando soy el más duro crítico de los pocos que aún quedan, como de mí mismo, y quien solo se detiene a considerar las virtudes, incluso las de sus enemigos? ¿Van a cantarme loas de sus maestros, cuando aprendo de cualquiera que haya liberado sus gestos y los sigo hasta que se automatizan? ¿Van a hablarme del sentido del mundo, cuando conozco la materia de la que está hecho todo y medito a diario sobre su ineluctable disolución? ¿Van a ofrecerme un futuro incierto o un pasado glorioso, cuando lo único que poseo es el instante presente, al que delimito en cada gesto, hasta tomarlo en su última expresión? ¿Van a quitarme mis hijos, que son hijos e hijas de la vida y que sabrán encontrar su rumbo o perderlo a su debido tiempo? ¿Qué promesa de goce podrían ofrecerme para callarme o hacerme hablar imbecilidades, si mi único disfrute es cantar estas verdades conocidas por cualquiera, aceptadas por algunos, ejercitadas por menos? No hay poder que pueda ejercerse sin el consentimiento de quien espera ganar algo, o teme perder otro tanto, por más chingue sea la relación de poder y la ilusión que la sostiene: quién no tiene nada que ganar tampoco tiene nada que perder. Nadie puede hacerle daño a quien ha alcanzado ese entendimiento, así deviene indestructible, como el deseo mismo que lo sostiene, y cuando le toque marcharse lo podrá hacer sin resentimiento, ni deuda, ni arrepentimiento. Pero, cuando le toque luchar, también lo hará de igual modo.

La crueldad es la mediocridad de quienes se regocijan con el sufrimiento del otro por ignorancia de la naturaleza de las cosas. Hay que reconducir a los estultos, entonces, no hacia la gesticulación considerada o caritativa por el otro, sino a la mirada ontológica que extrema la crueldad y la disloca hasta dejarla como una mueca ridícula. Transmutar la crueldad en una mirada implacable. Si

observamos la naturaleza de todo lo que es, incluidos nosotros mismos, sin consideración ni excepciones: apenas un montículo de partículas que se disolverán pronto con un soplo. ¿De qué te ríes estulto, qué festejas, si la pérdida de empleo del otro ya pronto te dejará sin sustento, si el Estado dejará de existir y con él el país entero, si la destrucción del medio ambiente sumirá a todos en el padecimiento climático, si todo esto también pasará porque desapareceremos de la faz de la tierra, y la tierra también se extinguirá junto a los demás planetas, y habrá infinidad de cataclismos, y todo volverá a surgir de igual forma o en infinita variedad de formas, luego de insondables silencios, y así, eternamente? No hay tiempo para estupideces ni mediocres crueldades, ante una mirada que lo recorre todo y asume su propia extinción.

Paternar

Te quería contar que cambié el auto, después de diez años, el auto que vos me regalaste, el primer auto que tuve, el que elegimos para llevar y traer a la Cami cuando hiciera falta, para poder ir a verte a la finca, aunque eso lo pudimos hacer solo una vez, aunque a la Cami no la pudimos llevar para que la conocieras, aunque adivinaste su llegada a través de la panza de Andrea, aunque yo casi tampoco llego. Pero lo hice, me quedé y estoy orgulloso, y cada día más. Viejo, si vieras lo que es no podrías creerlo, o sí, porque vos siempre creías en las personas, no importa quién fuera, pero la Cami es maravillosa, es todo lo que hubiésemos querido ser y más, el ser más hermoso y sensible de este mundo. Si todas las presiones mundanas que hemos soportado pudieran forjar algo así como un diamante humano, eso mismo sería la Cami. Soy el papá más afortunado y feliz de este planeta. Ya no quedan hombres en la familia, me he quedado solo, pero de algún modo sé que vos, el Mariano y el abuelo Nito me acompañan cuando prendo el fuego, cuando la llevo y busco en el colegio, cuando cantamos alegres o nos reímos, y sé que ustedes me darán la fuerza necesaria para no flaquear cuando las llamas crezcan. El regalo del día del padre ya lo tengo, es todo esto que les cuento, y ustedes también son parte.

14 de junio de 2024.

¿Por qué no habrías de alegrarte y festejar también por todo aquello que merece ser festejado? La persistencia de los seres y sus virtudes, cual sea su magnitud o importancia. Un amigo acaba de publicar un libro, otro ha salido campeón en un torneo, un tercero ha inventado un nuevo producto tecnológico, la piedra con su

extraña figura persiste impertérrita en el patio, la menta crece y se multiplica, verde y sana, las plantas de la maceta reseca resisten estoicamente, tu hija ha soñado que veía su cuerpo desde lo alto y volvía por voluntad propia, volvía para abrazarte de alegría y contártelo al despertar. ¿Vas a festejar el día del padre o que cada cosa persevera en su ser? Quizá sean al cabo lo mismo, porque no hay un padre sino múltiples modos de ser y contar para otros.

Cada vez que pienses en la muerte inminente, como proceso de disolución natural, no digas 'como dice Heidegger' o 'como dicen los estoicos', asume la situación en acto, sin mediaciones ni referencias; cada vez que sientas alegría por haber encontrado una idea, no busques con ansiedad si otro la escribió antes o si eres original, no nombres a Spinoza o a Platón, solo goza de lo que ese hallazgo produce en tu cuerpo y lo que puedes desplegar a partir de ello; cada vez que una injusticia te subleve, no te ampares en explicaciones multicausales ni repitas el mantra de la lucha de clases en abstracto, no digas 'como dijo Marx o Evita', encuentra el modo de ser causa adecuada de lo que te afecta, busca componerte con otros que den lugar al deseo para luchar conjuntamente, sin despreciar la potencia de cada uno. Y sobre todo, cuando escribas, sé resuelto y siéntete libre para decir lo que piensas, porque no solo nos debemos a un público exigente o a las generaciones muertas que oprimen como una pesadilla nuestros cerebros, sino a ese sueño del sí mismo que aún no se ha constituido, que necesita ejercitarse en las verdades del tiempo, que está esperando despertar en el instante de la eternidad para que otro mundo sea posible.

Festejar

Hoy amaneció lluvioso, húmedo, neblinoso, un día para guardarse, replegarse, evocarte en silencio, en el recuerdo. Pero estoy contento, me desperté temprano y fui a la práctica, el cuerpo estaba ágil, respondía bien a los movimientos. Al volver, escucho a la Cami reír con ganas, siempre contenta, pura vida y expresividad. Veo tus fotos y no siento tristeza, sí noto las transformaciones en la mirada, las idas y vueltas, el ánimo cambiante. Entonces pienso por qué no festejar tu vida, tu alegría también, esas ganas locas que me costaba tanto seguir en aquel tiempo gris, como si fuese posible retroceder, como si fuese posible que estés acá con nosotros, compartiendo, ahora que podemos ser como somos: así de frágiles y potentes, entusiastas y sosegados. Si pudiera escribirse un abrazo, te abrazamos hermano, nos abrazamos en la ausencia, en la presencia, en la distancia, en cuerpo y alma, en estas tenues letras que van cayendo como la lluvia, despacio.

6 de agosto de 2024.

Cuando desperté el vaso aún estaba ahí, sobre la mesa de luz, al igual que el resto de las cosas. No es que me sorprendiera su permanencia sino el simple hecho de verlo, constatar su objetalidad sin pensar en nada más, sin intencionar nada. Me di cuenta que había accedido al instante, el ser ahí de las cosas, yo mismo entre ellas, una existencia más. No fue una revelación mágica, una novedad absoluta, un nuevo punto de vista, nada raro, tan solo ver, detenerse sin prisa, captar la pura objetalidad del objeto. Y la fuerza calma que arrojó esa certeza, como verdad de contragolpe: no importa qué sea el objeto, su utilidad o función, su realidad

resulta innegable. Y lo que yo soy, tampoco importa, pero el poder ingresar en el instante da una fuerza sosegada que ninguna discusión o argumentación podrá rebatir. Como si la aprehensión de las cosas, incluso de un pensamiento, requiriera de la tonalidad muscular justa. Luego imaginé el siguiente ejercicio espiritual: partir de la mirada puesta en cualquier objeto insignificante, observar el entorno, uno mismo allí, la casa, el barrio, la ciudad, los ríos y montañas, el país entero con su diversidad geográfica, el continente y sus múltiples colores, los océanos azules de profundidades abisales, el planeta tierra, el sistema solar, la vía láctea y todas las galaxias, contemplar la estructura del universo con sus agujeros negros y estrellas de diversas intensidades, ver todo eso y dirigirse al conjunto como a un punto opaco, una mancha, observarlo con atención y notar que es la pupila de nuestro propio ojo reflejándose en otro. Despertar y darse cuenta: eso siempre ha estado ahí, como una verdad al alcance de la mano y a medida del universo, no somos ni más ni menos importantes que el resto, un grano de polvo o una constelación de estrellas.

Parte III. *Topoi* o Restos

Ficciones de lo real

Antecedentes

Vine a estudiar a Córdoba en el 97 y, tras sucesivos cambios de domicilio cuando era estudiante, finalmente me instalé en el edificio que habito desde 2007. Todavía no llego a Córdoba, he circulado por este barrio en tantas direcciones: acá nació mi hija, acá me dispararon, acá recibí la pandemia, acá hice miles de asados, acá escribí libros, acá los presenté, etc. Acá seguimos y todavía no llego a Córdoba. Estoy escribiendo ahora mismo, tramando una alquimia, horadando un agujero, rascando el muro para entrar a la ciudad. He soñado que habitaba tantas construcciones precarias, extraños lugares en penumbras, pero también he soñado que había un nudo posible, un nuevo modo de entrar a la ciudad desconocida en la ciudad. Lo he escrito varias veces y reescrito. He escrito los trayectos, el plano, las heridas, las alegrías, las conversaciones y ejercicios para salir, para entrar. La otra vez Cami me contó un sueño: había un perro-dragón enorme que soplaba un aire mágico y le daba el poder de volar y caminar por las paredes. Todavía no llego a Córdoba, pero siento que estoy empezando a resoplar un aire de escritura que va a darme el vuelo necesario para entrar. ¿Habrá soñantes despiertos en la ciudad dormida?

El sueño de una ciudad dormida, escribo. El *antroposueño* es el nombre de la época que mantiene a las nebulosas consciencias imaginándose siempre en otra parte, deseando ser otros, despreciando lo propio por descuido o ignorancia, reafirmando lo peor de sí por denegación consensuada. Del cordobesismo rampante a la fuga incesante, *con y contra* Córdoba, la ciudad no deja de diluirse en la inconsistencia de sus habitantes. Aunque a veces también pasen cosas. Insistencias, deseos de reunirse, conversar, compartir, propiciar encuentros en los que pensar por fuera de las rutinas institucionales y las lógicas de mercado. Después de muchos años de habitar esta ciudad, casi como un extranjero, nos hemos reunido imprevistamente en varios lugares. No espero nada de ello; solo me alegra y

escribo. Esta escritura es parte involucrada y agente de entrada hacia otra cosa.

Si bien había nacido aquí, nos fuimos durante mucho tiempo y volví a esta ciudad por el deseo de mis padres, un sueño de comunidad y militancia que había quedado trunco, un mandato que decía: *estudia, estudia, estudia… y alguien serás*. Pero no pude hallar jamás las señas y los nombres que me dejaron en los cuerpos presentes-ausentes. Entonces suspendí el mandato hasta que se recortó el objeto de la angustia, atravesé el insondable vacío y encontré pensamientos materiales en puntos nodales que ahora voy a tramar entre realidad y ficción. Asumo al escribir la otredad que me constituye en acto, entre algunos sueños lúcidos y la vigilia que no siempre es la de los ojos abiertos. En un momento tan crítico como suspensivo -de carreras y obligaciones- leí a Borges y a Macedonio de un tirón, entre Badiou y Lacan, y encontré el nudo infinito de la escritura que se piensa a sí misma en su doble extrañeza. A continuación, esbozo mi modesta versión.

Un lugar universitario

En un pequeño terreno de la Ciudad Universitaria de Córdoba, aledaño a la Facultad de Agronomía, un investigador se había propuesto dibujar un mapa exacto de la Ciudad de Córdoba; como disponía de mucho tiempo y poco presupuesto, debido al extenso paro de actividades propiciado por el gobierno, así lo hizo. El mapa era tan perfecto que incluía tanto a la misma Ciudad Universitaria como a la pequeña porción de terreno en que dibujaba el mapa, y allí mismo otra vez el mapa, y el mapa del mapa, y así, infinitamente.

También existía en la misma Ciudad un Centro de Investigación en Neurociencias -de triple pertenencia: a la Ciudad, la Universidad y el Conicet- donde venían mapeando todos los correlatos imaginarios de las actividades cerebrales y habían concluido exitosamente ese proceso; el mapa era tan perfecto que no solo incluía un traza-

do detallado de todas las zonas del cerebro que participaban por ejemplo de dar clases, recibirlas o hacer paros, sino de la actividad misma de trazar mapas cerebrales, y luego de registrar eso mismo, y esto, y así, infinitamente.

En la Facultad de Filosofía alguien que se inclinaba más por la estética colocó un espejo frente a otro para mostrar que si se colocaba un objeto ahí -mejor si fálico- se veía el infinito replicarse; pero otra figura más sabia recordó que a Spinoza le bastaba trazar un círculo dentro de otro círculo, que no coincidieran en su centro, para delimitar un espacio en el que los segmentos entre uno y otro darían un infinito no numerable; no toda determinación es una negación, ni toda afirmación del deseo conduce al abuso o cancelación del otro, ni el infinito visible aunque sí notable de algún modo finito. Cada Facultad, cada eminente Centro de Estudios, cada pequeño terreno de investigación se abismaba en sí mismo, sin poder conectarse con los otros en sus fabulosos descubrimientos.

Recuerdos, sueños, recorridos

Recuerdo la única vez que rendí un concurso docente en la Facultad de Psicología y hablé sobre la autonomía de los procesos mentales en modo materialista pero no reduccionista; señalé con ironía que la mente era como la Universidad Nacional de Córdoba, un lugar difícil de indicar si alguien nos preguntaba cómo encontrarla, pues solo podíamos nombrar edificios o facultades particulares, pero no a la Universidad misma, cuya materialidad resultaba, no obstante, innegable. Por supuesto, fui rechazado como un hereje, borrado del mapa, que en ese caso era apenas un dudoso orden de mérito sujeto a la rosca política del momento.

Cuando me recibí de Doctor en filosofía, en la Facultad homónima, me preguntaron acerca de la necesidad de formalizar los múltiples genéricos infinitos que hacían a las verdades políticas, científicas, artísticas o amorosas, según Badiou, si estas podían

expresarse muy bien en lengua natural como lo estaba haciendo en mi defensa; yo aduje que era fácil hablar de ellas una vez que uno había producido la operación formal que las distinguía de las opiniones y saberes vanos, pero no antes. El jurado deliberó largamente entre considerarme merecedor de la nota máxima con publicación o simplemente un sujeto práctico que había hecho su recorrido lógico. El juicio universitario detesta contradecirse en su propio terreno, así que declinó hacia lo segundo (aunque la publicación se hizo igualmente).

Una vez soñé que la Ciudad de Córdoba estaba siendo transformada en su conjunto, pero al salir a recorrerla me daba cuenta que eran cambios superficiales, cosméticos, ligados a intenciones políticas electoralistas. No obstante, en un complejo y moderno nudo vial divisaba una extraña calle que salía de la ciudad y luego retornaba a ella, conduciendo a una ciudad desconocida dentro de la misma ciudad. Esta otra ciudad era vital, bulliciosa y alegre, repleta de seres fascinantes e ignotos, con y sin doctorados, títulos y antecedentes, cada uno sujeto a su propia causa, compartiendo la risa y la comprensión por las afanosas actividades de los otros (aquellos que, si fuesen otros, realmente, haría falta que no fuesen los primeros).

Cuando recibí el disparo de gracia, a tres cuadras de casa, apenas cruzando las vías del tren, mientras caía en la vereda sentí mucha vergüenza: ¿Cómo podía haber sido objeto de la mentada inseguridad, promocionada por todos los medios, dejando a quien era mi mujer y mi hija por nacer solas en esta ciudad maldita? Caí en un agujero oscurísimo, se hizo la noche eterna, hasta que aparecieron distintas escenas oníricas muy reales, allí se desplegaban distintas liturgias y personajes que buscaban ayudarme de un modo u otro; me aferré a esas dinámicas afectivas aunque no las entendía muy bien; pero sí entendí al despertar la fragilidad extrema del cuerpo, los orificios y desgarraduras por las que ya no podría ser el mismo. En pandemia la ciudad se paró de golpe, junto con el mundo entero, como si lo que había vivido a escala corporal alcanzara extensión

planetaria, y tuve la oportunidad de despertar definitivamente del *sueño docto*: encontré -rememorando también lo anterior- la inexpugnable materialidad de la escritura filosófica que ahora practico. Como se puede leer aquí mismo, en este breve espacio, ello ha requerido un extenso recorrido con anticipaciones, escansiones y precipitaciones varias, tan lógicas como vitales; en fin, un nudo existencial, causal, material que desea ser expuesto y pasado a otros. Pero la transmisión real tampoco puede ser garantizada.

En esta última parte expongo el resto o *detritus* de escrituras precipitadas que buscan circunscribir el malestar sobrante en esta época, exorcizar mandatos y conjurar fuerzas para habitar una ciudad imposible; el juego con la lengua del lugar se hace manifiesto. Al final agradezco.

Las veces que morí

La primera vez que morí tenía 4 años, nos paró un control del ejército y les dije: "milicos hijos de puta", uno me apuntó con el fusil directo a la cabeza. La segunda vez que morí tenía 14 años, trepaba una montaña huyendo de una angustia tremenda, apenas podía aferrarme de unos arbustos cada vez más exiguos, hasta que ya no hubo dónde. La tercera vez que morí tenía 16 años, venían unos pibes corriendo desaforados y nos insultaron al pasar, les grité qué problema tenían y se frenaron dubitativos, agarraron piedras y palos, apenas alcancé a tirar una patada. La cuarta vez que morí tenía 20 años, tomé un revólver y apoyé el caño en mi sien, la vida no tenía sentido y nadie me había enseñado que podía inventarle uno. La quinta vez que morí tenía 23 años, tocábamos la guitarra en una terraza y recibí en la nuca el impacto de un botellazo lanzado desde vaya a saber qué piso. La sexta vez que morí tenía 26 años, había dejado a quien amaba, la casa, el trabajo y me abandoné por completo, caí desmayado una noche sofocante en la que todo se apagó. La última vez que morí fue un día como hoy, hace algunos años: estaba por nacer mi hija y recibí un disparo gratuito, hubo quienes me aferraron con todas sus fuerzas, yo tampoco me iba a dejar llevar tan fácil esta vez. Creo que una vida está cincelada por múltiples muertes, uno solo las va contando como puede, cada vez con menos dramatismo, hasta que ya no hace falta. Lo que resta es un cuerpo gozante, una idea recurrente, algunas letras dispersas que se sostienen entre sí.

12 de octubre de 2023.

Entrenamiento

La gente entrena mucho, ¿para qué entrena la gente? Los veo pasar corriendo por la plaza, la costanera, las calles, las veredas. Golpean, arrastran, saltan, menean. Ponen la música al palo en el gimnasio de al lado y gritan. Como si el grito les diera más fuerza. En el dojo también entrenan todo el día. A la mañana, a la tarde, a la noche. Hasta el fin de semana entrenan. Hay gente que no llega a fin de mes. No come ni sueña ni tiene dónde caerse muerta. ¿Para qué entrena la gente? ¿Acaso entrenan para vivir mejor, para sobrevivir entrenan? ¿Entrenan para morir sanos, más rápidos y furiosos? ¿Entrenan para matarse mejor, con eficacia técnica? ¿Entrenan para no sentir nada, para qué carajo entrenan? Si vamos a entrenar, tratemos que sea para acabar de una vez con este sistema. Todos juntos entrenemos. Antes que nos aplaste el pecho la enorme pesa de la tristeza y todos los muertos que hemos dejado caer en el olvido. Porque ellos no entrenan. Nos recuerdan.

15 de octubre de 2023

Amores perros

Quieren más a sus perros que a sí mismos. Los sacan a pasear, los encierran, los dejan hacer cualquier cosa. Les importa poco o nada el otro, de sí mismos ni idea. Tienen sueños de grandeza, reciben mandatos omniscientes, comunicados del más allá. Pero acá son nada, su potencia es la de una mosca que anda por lugares abyectos. Si los votan es porque son eso, menos que nada, representan la impotencia general. La de aquel ser que ya no puede entender su esencia, perseverar o disfrutar. Componer, desear, tramar. Constituirse a sí mismo como si fuese un objeto de una sola pieza. Aman más a sus perros que a sí mismos. Porque no se tienen a sí mismos. Nunca se tuvieron. Ni amor. Ni nada. Solo tienen un enorme desprecio. Hacia todo lo existente. Han renunciado a la vida. Y no terminan de aceptar que todos vamos a morir. Que no hay clonación ni clonazepam que nos salven. Por eso nos entregan a dioses oscuros. En sacrificio. Como los huesos a los perros.

17 de octubre de 2023

Otro amor

Escribían poesía, y les respondían: La patria es el otro. Investigaban procesos físicos y naturales, y les decían: La patria es el otro. Hacían filosofía, y les espetaban: La patria es el otro. Pensaban el Estado, y les acotaban: La patria es el otro. No llegaban a fin de mes, y les susurraban: La patria es el otro. Trabajaban en comedores, y les diagnosticaban: La patria es el otro. Escuchaban a los mismos de siempre repetir la falta del otro. Parecía que nadie daba en su hacer con la talla del otro. Y todos empezaron a sospechar que el otro nunca daba con ese otro. No había otro del otro. El otro respondía sólo a sí. Solo así se beneficiaba. Aunque no parecía un gran plan. El goce siempre es del otro. Y el odio, claro. Así ganó quien no daba nada, y decía: La casta es el otro. Un nuevo amor, surgía. Un signo de época.

19 de octubre de 2023

Las fuerzas de la tierra

Tampoco olvido que, tras caer al piso por haber recibido un silbido de bala, urgente, me angustió la idea de la soledad de mi mujer y mi hija por nacer y el destino estúpido y fatal en el cual me había entregado tan dócilmente a la muerte, entonces luché con todas las fuerzas, que eran las de las manos y cuerpos de la tierra, para quedarme aquí y salir adelante, y no, no es resiliencia ni autosuperación personal, son los lazos que nos sostienen a pesar de las ideologías y discursos que nos hablan como loros. Hoy diría, en cordobés básico: no nos abandonemos, culiadazos.

21 de octubre de 2023

Emociones

Amigo, las emociones no se gestionan. Cuando te afecta algo o alguien, no te queda otra que responder ahí. Se muere de repente alguien que amabas, sin haberte podido despedir, y se te desconfigura el mundo; te disparan en el pecho y ves tu vida pasar delante de tus ojos en un segundo mientras caes, tu hija en el vientre de su madre, tu madre gritando desesperada; alguien arrastra a su hijo bajo la lluvia porque no tienen para comer, mientras hay quienes hablan de macroeconomía y superávit. ¿Entendés? Eso no se gestiona, amiga. Vos te ves llevado a responder ahí, sin previo aviso ni autoayuda, para no sucumbir ante la tristeza o la desesperación, para no volverte un autómata insensible de mierda. No sos Sócrates, amigo, ni Spinoza, pero algo podés entender de la esencia de las cosas. Y si respondés ahí, sos alguien, no importa quién. Sos alguien que se afecta y responde. ¿Entendés?

23 de octubre de 2023

Auditemos

Auditemos la capacidad de dar y recibir amor. Auditemos la ternura de los gestos y la palabra dicha. Auditemos el coraje de confrontar a los poderosos y proteger a los vulnerables. Auditemos la delicadeza de transmitir un concepto y escuchar el silencio. Auditemos la potencia de afectar y ser afectados. De conocer la causa de lo que nos afecta. Auditemos.

25 de octubre de 2023

Por-venir

Un día como hoy, hace diez años, recibía un disparo. A veces pienso que podría haber muerto. A veces pienso que ya había muerto otras veces. A veces pienso que sigo muerto y cada palabra es un disparo, para revivir. Una palabra, un disparo, que resuene en esta ciudad muerta, repleta de muertos vivos que no piensan, para que despierten del sueño docto de la ignorancia, que no acusa recibo de la palabra viva. Por-venir.

12 de octubre de 2024

Que (no) les entren balas

Yo también me preguntaba cómo no vi venir la bala. El disparo estúpido y fatal que me dejó en vilo un mes, antes de que nacieras. Pero ahora agradezco cualquier pequeño gesto, el más mínimo e insignificante, como venir a prestar cuerpo, a donar tiempo. Como agradezco tu vida cada segundo. Porque quiero y deseo que no les entren balas. O mejor: que les entren las balas justas, necesarias, que les permitan hacer cuerpo, callo y cicatriz. Con amor y cuidado, se los deseo. A vos y a ellxs.

10 de noviembre de 2024

AGRADECIMIENTOS

Hace poco conté las veces que morí, ahora me gustaría contar quiénes me ayudaron, enseñaron y salvaron de algún modo. El agradecimiento es infinito pero actual, no toma la forma de la deuda sino del don que busco cultivar y pasar a otros (los lugares que menciono a continuación no cifran orden de importancia sino, más o menos, cronológico).

En primer lugar, el viejo y la vieja, que eran muy jóvenes durante la dictadura, casi niños, y junto a sus compañeros de militancia me enseñaron el ser en común y que nadie se salva solo (aunque el horror de la tortura ha sido un fantasma muy difícil de atravesar).

En segundo lugar, el *sensei* de Karate, que me enseñó la impecabilidad de un arte marcial ancestral y la potencia del ejercicio en el momento más vulnerable de mi vida (aunque la ruina del cuerpo esté siempre latente por el desgaste mismo de la vida).

En tercer lugar, los amigos del pueblo, que se encontraban a años luz de distancia ideológica de este extraño ser que iba siendo, pero que cuando tuvieron que ponerse de mi lado estuvieron incondicionalmente (aunque la resignificación de los lazos los haya perdido en el tiempo).

En cuarto lugar, las mujeres únicas que me acompañaron y enseñaron con amor y paciencia, cada vez, cómo podía no ser tan imbécil, necio o mortalmente aburrido (aunque nunca se aprende del todo, por definición y acto, el goce femenino).

En quinto lugar, los psicoanalistas que escucharon el dolor, el trauma, lo imposible, que supieron abrir y sostener las vías del deseo que latía pese a todo (aunque no se hayan enterado de las consecuencias).

En sexto lugar, mi hermano, que asumió ser el mayor cuando yo ya no podía soportar las cargas acumuladas y decidió irse cuando no quiso seguir más, sin adjudicar culpas (aunque el acto es siempre insondable).

En séptimo lugar, la madre de mi hija, con quien trajimos un ser maravilloso a este mundo, que nos enseña y mejora cada día (aunque nunca sabremos qué le deparará la suerte y confiemos a pleno en ella).

En octavo lugar, las hermanas de hierro que han sabido protegerla y darle espacio, con amor y cuidado, como si tuviesen ahora la oportunidad de invertir los roles (aunque siempre tenemos que seguir trabajando sobre nuestras propias rigideces).

En noveno lugar, los amigos que me escuchan y soportan porque, a pesar de la imposibilidad del lazo, nos queremos y aceptamos con la distancia necesaria (aunque los narcisismos de las pequeñas diferencias nos acompañen como pequeños hijos de la vida).

Por último, a mi compañera, con quien hablamos, pensamos, escribimos, amamos hasta donde los cuerpos y mentes nos habilitan, según el eterno enigma del dos irreductible (aunque la oscilación entre el uno y el tres tome formas diversas).

10 de noviembre de 2024

Epílogo: Pasos de escritura

"Lo que no has escrito, escrito está"
Maurice Blanchot

El paso…

Recuerdo una mañana en un sanatorio de la ciudad de Córdoba, rodeado de compañeros aunados allí para donar sangre a un amigo que se debatía entre la vida y la muerte luego de haber recibido un disparo en el abdomen. Recuerdo singularmente ese día por la preocupación, los últimos partes que se difundían, pero también por cierta alegría de pensar que con algunos gestos podíamos sostener una vida al mismo tiempo común y singular. La de aquel que llamábamos Roque, pero que para cada uno significaba algo distinto.

Nos habíamos conocido, muchos de nosotros, en el año 2004 durante una suerte de taller llevado a cabo en la Biblioteca Córdoba en donde nos proponíamos la lectura de textos fundamentales de lo que luego culminó en llamarse "posfundacionalismo". Cartografías del presente, llamó Emmanuel Biset a ese ciclo en el cual leíamos textos de Badiou, Zizek, Laclau, Negri y los comentábamos al calor de unos debates culturales que comenzaban a darse sobre el papel del Estado, las minorías, las filosofías de la emancipación.

Allí conocimos a Roque, su razonamiento riguroso, su decisión de un pensamiento propio más allá de las repeticiones de autores, su insistencia con la topología y la matemática como andamios de la argumentación.

Los años pasaron, los grupos mutaron, pero una cierta vecindad de pensamientos nos mantuvo siempre cerca constituyendo una extraña comunidad de lecturas, discusiones, libros que fueron gestándose, etc., siempre en un contexto conveniente, formando parte del comité editor de Nombres. Revista de filosofía; institu-

cionalizando grupos; en tensiones y discusiones en las Jornadas de filosofía política organizadas por en la UNC, con las intervenciones esporádicas pero fundamentales de Oscar del Barco.

En ese contexto, luego de unos 10 años posteriores a la experiencia de la Biblioteca Córdoba, un disparo nos sacudía y nos convocaba a poner en *acto* eso "común", a cambiar saliva y tinta por sangre y apostar por esa vida que nos significaba algo diverso a cada quien.

~~No~~ más allá…

Del otro lado de las puertas de otro sanatorio, Roque era intervenido quirúrgicamente en varias ocasiones y reaprendía eso que damos por sentado en nuestra diaria: respirar, hablar, comer, caminar, etc.

Este libro da cuenta de cómo ese acontecimiento reanuda, transforma y reacomoda los registros esenciales de una vida, con la invención singular que a partir de cierta tradición y con varios libros de investigación escritos por él, Roque llama *práctica de sí*. Pero habría que comprender que en ese tejido, este acontecimiento, no cumple una función inaugural, si no que subraya la síncopa en que la muerte afecta al cuerpo, lo marca, lo compromete en sus bordes. Si, tal vez, pudiera señalarse un acontecimiento mítico de esa síncopa, este sería, como lo llama Roque, un *acto*. *Durante mucho tiempo, escribe, sentí que era débil, vulnerable, me enfermaba seguido, comía cosas que me hacían mal, me descomponía, me dolía la cabeza, etc. Cuando empecé a practicar Karate me di cuenta en el acto que era justo lo que necesitaba: un arte que se aplicaba metódicamente en la repetición exacta de gestos y movimientos hasta lograr una liberación completa del cuerpo*. Ese "me di cuenta en el acto" comenzó la cuenta de una serie signada por el "acto". Esos pequeños o grandes gestos disruptivos que el acto tiene respecto a un contexto que lo antecede y que al mismo tiempo inaugura manifestándolo, toman ese tinte singular de lo familiar-afectivo. Es decir, el acto es un rasgo que marca la síncopa familiar de distintos modos y en todo su plexo de posibilidades. Roque se da cuenta en

el acto que es ese acto en acto, lo que hay que pulir.

Darse al acto, darse una cuenta en el acto, abrir el cuerpo al acto, contar cada verbo como un acto.

El derecho a la muerte

Aquí, en este tratamiento del acto, la escritura cumple un rol fundamental.

Escritura y muerte se deben entre sí la densidad de su ser, como formulaba Foucault para la ley y la trasgresión. Y es Blanchot quien habría hecho la alquimia de esa fórmula allá por los (no tan) lejanos años 40, en un texto inaugural para la filosofía francesa: *La literatura y el derecho a la muerte*. Ya el título propone algo contra intuitivo: la muerte como un derecho y no como una condena. Algo que está en el phyllum de lo que Roque rescata de una intervención de Lacan: *Hacen bien en creer que van a morir, de no ser así, ¿podrían soportar la vida que llevan?* El derecho a la muerte sostiene la posibilidad de una vida que merece ser vivida, más allá del mero hecho orgánico. Pero aún más, el derecho a la muerte pone coto a la deriva sádica del goce que consiste en sostenerse indefinidamente indiferente a los cuerpos a los que parasita. Así hay una potencia positiva de esa negatividad que es la muerte. Una potencia positiva de lo negativo. No solo en el pensamiento de que la vida y por ende el goce pueden tener un fin, sino que cada práctica de sí, cada análisis, cada cuerpo, pone en juego algo de la pulsión de muerte para movilizar los amarres que hacen del sujeto un mero individuo (pre)ocupado de su goce.

Escribir anticipa la muerte: corte, condensación, recapitulación precipitada de una vida. La vida está expuesta y así expuesta también encuentra esa potencia que Freud remarcó allí donde un poeta veía pura debilidad: lo transitorio. De eso transitorio, de esa pequeña o gran muerte, es síntoma la escritura, pero no como negación, si no portándolo en ella misma y haciéndolo permanecer en una metamorfosis constante. En tanto escribir hace cuerpo con lo transitorio, asume la otredad, eso otro que no somos, que no-es, que transita, pero que al mismo tiempo constituye ese fluir

de una vida. *Asumo al escribir la otredad que me constituye en acto, entre algunos sueños lúcidos y la vigilia que no siempre es la de los ojos abiertos*, escribe Roque.

Acto, escritura, cuerpo, muerte, vida. No podemos dejar de subrayar esos significantes que condensan la operación esencial de este libro.

El paso (nuevamente) ~~no~~ más allá

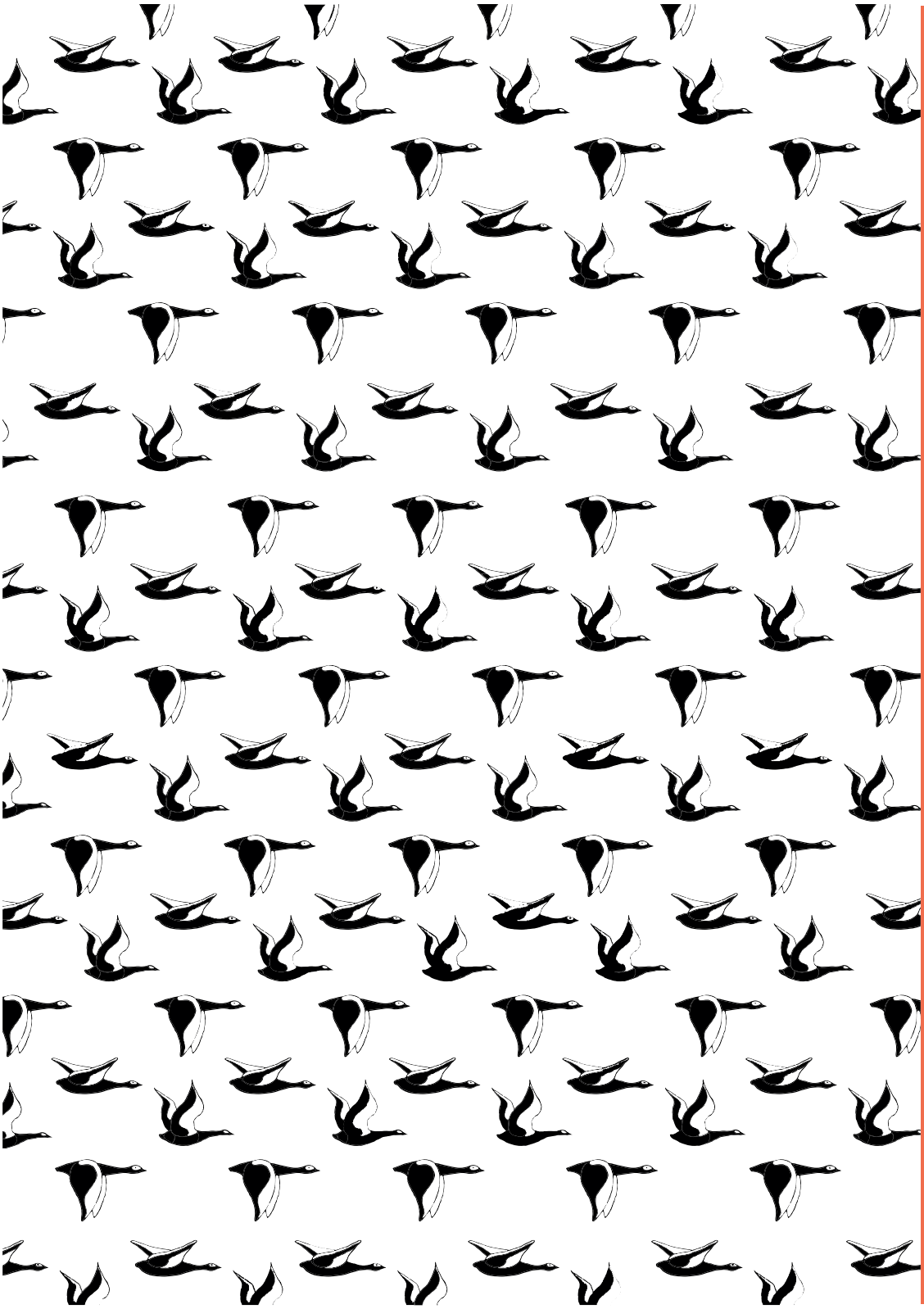
Por último, diré que hay algo de lo que podríamos llamar pase en este libro. No un pase en la dirección institucional que tiene el término para las escuelas psicoanalíticas, si no un pase, otra vez, en sentido blanchotiano. Ese paso del *pas au-delà* que en francés juega con la superposición entre paso (*pas*) y la negación (*pas*), y cuya traducción ofrece las mayores dificultades: el paso (no) más allá, o el no más allá… tram(p)as que permiten esos traspiés de las palabras. *Le pas au-delà* pone en juego una nueva topología donde el más allá y el más acá parecen juntarse a partir de ese uso de la negación y en ese mismo sentido implica habitar las aporías, las contradicciones fundamentales, las paradojas. El paso (no) más allá no es su superación, su atravesamiento, si no que es entrar en ellas, habitarlas. *¿Van a burlarse de mis contradicciones, cuando las asumo abiertamente y en ellas me ejercito?*, escribe Roque.

En este sentido ese paso implica un entrar donde ya se está, llegar donde se ha llegado, sin que ello implique afirmarse en una identidad positiva; ese sitio, ese agujero por el que se escapan todas las ficciones del ideal y de la identidad y donde se convocan otros modos del estar, del llegar, del continuar llegando, puede tener múltiples nombres. Roque lo llama Córdoba –*Acá seguimos y todavía no llego a Córdoba*–. Ese lugar (insisto, podría ser otro, es otro de Córdoba misma) posibilita el lazo, el frágil y sutil lazo con los otros y con lo Otro que es la fortaleza misma que se sostiene de un amor, siempre venido de otro lado.

Juan Manuel Conforte

Escribir es respirar © 2025 by Roque Farran - Triangulo Editorial is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Farrán, Roque
Escribir es respirar : meditaciones, conversaciones, restos / Roque Farrán. - 1a ed. - Mendiolaza : Paula Gastaldi , 2025.
100 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-631-00-8328-5

1. Filosofía Contemporánea. I. Título.
CDD 190